

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, nº 10, en Paris

AÑO 15. — Nº 182.

SUMARIO.

Llegada á Lyon de la division de Faily; grabado. — El venado blanco. — Revista de Paris. — Festival alemán de Estrasburgo; grabados. — William Palmer, envenenador y falsario; grabados. — Hombres ilustres de la América española. — Exposicion agrícola Universal de 1856; grabados. — Exposicion Universal de la Industria. — La mina de oro. — Los baños de mar; grabados. — Matanzas! — Boletín científico. — La celebracion de San Juan en la Provenza; grabado. — Rifa de la Exposicion; grabado.

Llegada á Lyon

DE LA DIVISION DE FAILLY.

El 22 del mes último llegó á Lyon de regreso de la

Crimea la division del general de Faily, designada para quedar de guarnicion en esa ciudad. Las autoridades civiles y militares de Lyon salieron hasta el embarcadero del ferro-carril á recibir la columna, y en cuanto esta se mostró, el mariscal de Castellane seguido de su estado-mayor corrió á su encuentro. Despues recibió las felicitaciones del senador Vaisse, administrador del departamento del Ródano, y luego que hubo atravesado una parte de la ciudad en medio de una compacta muchedumbre, desfiló en la plaza de Bellecour ántes de entrar en sus cuarteles. Muchas casas estaban adornadas con banderas y se habian levantado arcos de triunfo. La autoridad municipal habia querido aprovechar esta ocasion para manifestar de un modo ostensible la admiracion que á todos inspira el ejército de Oriente. Por la tarde se dió al general de Faily un soberbio banquete.

EL VENADO BLANCO.

(CONCLUSION.)

(Sigue el capítulo IV.)

Por entónces corrian otros tiempos: los hombres tenían sin duda sus debilidades, doblaban la cabeza como nosotros al blando yugo de las pasiones; pero no hacian un alarde vergonzoso de las miserias á que la raza humana cede y se somete, porque tal es la voluntad del que la creó.

Noches sin sueño, dias sin sosiego, frecuentes accesos de melancolia, incertidumbres, deseos, envidia, fueron la vida de D. Luis por espacio de muchos años. Algunas veces la satisfaccion que le causaba la misma grandeza del sacrificio, parecia haber destruido en él hasta los gérmenes de toda pasion amorosa; mas el menor



Recepcion en Lyon de la division de Faily por el mariscal de Castellane.

incidente venia á despertar sus dormidas esperanzas y á conmover su espíritu. ¡Es tan seductora la idea de la familia á la edad en que empezamos á notar un vacío alrededor nuestro! Sin embargo, llegó á dominarse en tales términos, que la corte murmuradora jamás se hubiera acordado del santo de su nombre, si la murmuración no se cebase con preferencia en la virtud sólida y modesta. El ángel de las tinieblas niega la luz, porque deslumbra sus ojos.

Y era porque D. Luis, entre las infinitas bellezas que tenia ocasion de admirar, á muchas de las cuales le hubiera sido fácil rendir con una palabra, no había hallado una que cautivara su alma al par que sus sentidos. Aquellas mujeres embadurnadas de bermellón, con lunares colocados á su antojo y el cabello suciamente cubierto de polvos, no se asemejaban en nada á la mujer fresca, radiante de juventud y hermosura, sencilla y pudorosa, que allá en sus ilusiones se le aparecía, y que despues encontró en la pobre aldeana de Zamarramala.

V.

Desde el día que el infante vió á Teresa por primera vez, todas las mañanas, fingiendo siempre que salía con objeto de dar caza al venado blanco, que los guardas solian ver por aquellos bosques, D. Luis se ocultaba entre los árboles y contemplaba á Teresa, que acompañada de su tia iba á llevar abundantes limosnas ó inapreciables consuelos á los pobres apestados. Nunca se atrevió á salirles al paso, tanto porque se avergonzaba del amor que había puesto en objeto tan humilde, como porque no queria dar nuevos y poderosos incentivos á una pasión que sin correspondencia ni esperanza de venturoso desenlace, levantaba el vuelo á tal punto que le hacia sentir una catástrofe.

— ¡Mañana no vengo á verla! decía D. Luis al retirarse, y volvía y volvía á su pesar, arrastrado por la fuerza que le encadenaba.

Un día, mientras se hallaba emboscado á orillas del camino, vinieron los guardabosques ganando albricias, á decirle que el venado blanco había caído en un lazo puesto la noche anterior, y quedaron no poco admirados de la frialdad con que la noticia fué recibida, cuando esperaban montes de oro para el que tuviera la fortuna de darla. Era que Teresa no parecía.

El infante no se acostó aquella noche: midiendo á largos pasos su habitación, esperó en la mayor angustia la luz del alba para dirigirse al sitio acostumbrado... A su vuelta á palacio venia pálido y calenturiento.

Otras veinticuatro horas transcurrieron, y despues otras tantas, y luego las que componen una semana. D. Luis supo al fin que la peste había desaparecido del diezmo lugarejo, y desistió de buscar á Teresa. ¿Cómo hallarla donde no había lágrimas que enjugar, ni pobres que socorrer? Dios no se priva por mucho tiempo de sus querubines.

Entretanto comentábase en la corte la profunda tristeza que por momentos se apoderaba del hermano del rey, sus idas al inmediato pueblo de Zamarramala, sus entrecortadas frases, y la soledad á que se había condenado. Unos decían que arrepentido de la renuncia de sus dignidades, hecha en edad juvenil, queria impetrar del papa el perdón y volver al estado eclesiástico; otros que, poco satisfecho del gobierno de Grimaldi, se había alistado en el partido aragonés, y fraguaba una trama para la vuelta al poder del conde de Aranda; y los mas, que tenia una intriga amorosa con una dama desconocida, á quien hacian madre de un niño, fruto de aquellos misteriosos amores. Carlos III llamó á su hermano y le pidió una explicacion de su extraña conducta, que estaba causando un verdadero escándalo en la corte, y que no tardaría en ser el asunto de la malicia y la procaacidad del pueblo. D. Luis manifestó al rey su gratitud por las cariñosas expresiones con que había acompañado sus consejos, y le aseguró que procuraría enmendarse, ignorando que el corazón jamás enmienda sus yerros. Los desengaños, la esquivéz, el olvido, la ingratitud, el crimen mismo, nunca logran arrancar de raíz el amor que retoña y florece por intervalos en la memoria, y trae á los oídos acentos melodiosos y suaves como las armonías de una música lejana.

Carlos que era sagaz en demasia, conoció la enfermedad de su hermano, y temió que, cuando menos debía esperar, diera por el pie á sus proyectos; así que para conjurar la tempestad, si esto era ya posible, dispuso que su confesor tuviese una conferencia con el príncipe. Este, como buen caballero y buen cristiano, no quiso llevar el fingimiento mas adelante; confesó su amor, las ideas á que había dado origen, la lucha entre la carne y la conciencia, y concluyó diciendo resueltamente que para evitar el caer en deslices que nadie deploraría mas que él, pues se trataba de la salvacion de su alma y de vivir honrada y pacíficamente los últimos años de su existencia, deseaba casarse con la persona que S. M. tuviera á bien designarle.

La nueva de este propósito de D. Luis, cayó como una bomba en medio de la familia real. El rey aparentó no darle importancia alguna, y puso el mayor cuidado en no encontrarse á solas con su hermano, y en mostrarse afable y paternal como siempre; pero en secreto meditaba el medio de darle gusto, si se obstinaba en contraer matrimonio, en cuanto no pudiera perjudicar los derechos de sus hijos, y al futuro sosiego de estos reinos. D. Luis, por su parte viendo que no se contestaba á su reverente súplica, escribió al confesor del rey la siguiente carta, que ha conservado la historia:

« Debe recordar V. S. I. que habiendo venido recientemente á hablarme de mis galanteos, le contesté que

si se deseaba que tuviesen fin, tranquilizando al propio tiempo mi conciencia, importaba casarme. Contestó V. S. I. que lo primero era arreglar mi conducta, y que enseguida, se encargaba de hablar al rey, mi hermano, del deseo que le acababa de manifestar. Algun tiempo despues de esta conferencia, os envié á mi confesor con encargo de recordarle su palabra. Debo ahora confesaros que el único motivo que tuve, en otros días, para renunciar al gobierno de las mitras, fué la íntima convicción en que estaba de que no tenia vocacion para el estado eclesiástico, y antes bien de sentirme con inclinaciones incompatibles con los deberes de aquel santo estado. Como se difirió mi enlace, he cometido faltas que lamento, especialmente á causa del pesar que han debido ocasionar al rey, mi hermano; pero á fin de evitar en lo sucesivo semejantes recaídas, y no exponerme á afligir al rey, lo cual, despues de la ofensa hecha á Dios, es para mí el mas doloroso de todos los pesares, no hallo medio ninguno mas que el casarme.

Como V. S. I. tiene encargo, con arreglo á su ministerio, de dirigir la conciencia del rey, y siendo este negocio caso de conciencia, os declaro que la mía no podrá tranquilizarse sino con los vínculos del matrimonio. Empero, S. M. puede á su albedrío escoger la persona y disponer del modo de contraer esta union, y os aseguro que en este caso, no tendrá motivo S. M. para quejarse de mí. — San Ildefonso á 1º de octubre de 1773.

EL INFANTE DON LUIS. »

Tampoco surtió efecto esta humilde peticion. La corte salió á los pocos días de la Granja para el Pardo.

VI.

Dirás, imprudentísimo lector, — hartas veces te has oido llamar prudente, — que ó el infante no estaba enamorado, ó estándolo no se concibe que hiciera la solemne tontería de pedir al rey que le diese mujer á su capricho. A esta objecion sólo puedo contestarte que si mi héroe cometió una torpeza, esa es la prueba mas palmaria de que estaba verdaderamente enamorado, puesto que de amantes es el perder el seso; y que si no obró de otro modo, fué porque no tuvo el presentimiento de que setenta años despues de su muerte el autor de estas líneas le sacaría de la tumba, uniendo y encajando sus huesos unos con otros, cubriéndolos de carne, encendiendo en su cuerpo nueva vida y elaborando ideas en la concavidad de su cráneo vacío. Entonces hubiera robado una noche á su bella aldeana, y casándose con ella de grado ó por fuerza, para despues presentarla al rey, que le perdonaría todos sus pecados en gracia de la hermosura de la co-peccadora, ó metidose á pastor de rabel y zampona, para que ahora tuvieras el gusto de verle vagar por montes y collados detrás de su amada. No lo hizo, por la razon ya dicha, y procedió como príncipe juicioso y súbdito obediente, que las novelas tanto como son agradables en los libros, son malas en la vida.

VII.

En 23 de marzo siguiente, acosado el rey por D. Luis para que le permitiera tomar estado, publicó la célebre pragmática sobre matrimonios desiguales, que no teniendo otro objeto aparente que los intereses morales de la sociedad civil, encubria los pensamientos políticos y particulares que la habían dictado. « Se conservará la costumbre, decía uno de sus artículos, y deber que los infantes y grandes tienen de darne parte, así como á los reyes mis sucesores, de todos los enlaces que ellos, sus hijos ó herederos inmediatos tengan propósito de contraer, á fin de que dé yo mi aprobacion real, y si contra toda esperanza aconteciese que faltara alguno á este deber indispensable, casándose sin mi soberano permiso, los infractores de esta ley, así como sus descendientes, en este solo hecho, quedarán inhabilitados para obtener y poseer títulos, honores y bienes que emanan de la corona. — Mas como puede acontecer un caso extraordinario y acompañado de circunstancias á tal punto graves, que sea necesario contraer matrimonio con persona desigual, declaro que si esto acontece con personas obligadas á solicitar mi real permiso, sólo yo y los reyes mis sucesores, podremos únicamente concederlo, y aun en este caso especial, se observarán de un modo invariable las disposiciones de esta pragmática en cuanto á los efectos civiles, de modo que la mujer ó el marido que ocasione la desigualdad, quedará privado de los títulos, honores y prerogativas que le conceden las leyes del reino, y los hijos nacidos de este enlace no podrán heredar tampoco las dignidades, honores, sustituciones ó bienes que emanan de la corona, los cuales habrán de pasar á los sucesores inmediatos, sin que los descendientes de estos enlaces desiguales, puedan usar el apellido ni las armas de la casa cuya sucesion les está vedada, etc. »

D. Luis, herido en lo mas vivo de sus sentimientos, deseando dar una prueba de que había conocido la segunda intencion de aquella ley, insistió solemnemente en su proyecto, concluyendo su carta al rey de esta manera por demas significativa: « Mas como podría acontecer que algunas consideraciones poderosas ó obstáculos difíciles de vencer, se opusiesen á la realizacion de mis deseos, si pensase verificar mi enlace con persona de mi rango, pido formalmente licencia á V. M. para celebrar mi union con persona desigual, si bien honrada é ilustre, conforme á la nueva pragmática. »

Una mañana que el infante entró en la cámara del rey, halló á su hermano rubricando el decreto en que le concedía la ansiada licencia, á condicion de que residiese con su esposa en una provincia, y que cuando para venir á la corte obtuviera una autorizacion especial, lo había de hacer solo, pues su mujer é hijos no podrian salir del punto que eligiese para su residencia; conservaría los honores y prerogativas de su alta clase.

— ¡ Ah, señor! exclamó D. Luis, ¡ me haceis el hombre mas dichoso de la tierra!

— Creedlo sinceramente y lo seréis de veras; la dicha no es mas que una presuncion. ¿Teneis confianza en la mujer que habeis elegido?

— La tengo en la que vos me indiqueis que es digna de unirse á un infante de España.

— ¡ Bien, Luis! Ya yo contaba con la rectitud de vuestro carácter, y me he ocupado en buscaros esposa.

— ¡ Siempre tan bueno!

— A fuerza de decir que lo soy, van haciéndome creer lo contrario.

— Y podré saber.... murmuró D. Luis, trémulo de emocion.

— Mirad, repuso Carlos sonriéndose imperceptiblemente, y entregándole tres retratos pintados por Maella.

El infante examinó atentamente el primer medallon; el rey le miraba casi con lástima.

— Es la hija del duque del Parque, le dijo.

D. Luis dejó el retrato sobre el escritorio, y tomó otro.

— ¿ Y esta?

— Una sobrina del marqués de Campo-Real.

Era tan linda aquella figura, que al contemplarla con delicia el rostro de D. Luis se puso como la grana; las venas de su frente parecia que iban á estallar, segun se hincharon. La eleccion estaba hecha; sin embargo, por curiosidad únicamente tomó el tercer retrato, y despues de lanzar una exclamacion de sorpresa corrió á un balcon, separó las cortinas y todavia no daba crédito á sus ojos.

— ¡ Mi zagala! gritó enagenado de gozo.

— Doña María Teresa de Vallabriga y Rozas, sobrina del general marqués de San Leonardo, mi caballero mayor, contestó el rey con frialdad.

VIII.

La noche de las bodas que se celebraron en Olias del Rey, el infante preguntó á su esposa por qué ella y su tia la marquesa se disfrazaban de labradoras para ir á visitar á los enfermos. Teresa abrió la Biblia y con su dedo color de rosa señaló estas palabras de San Mateo: — « Y así cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de tí, como los hipócritas hacen en las sinagogas, y en las calles, para ser honrados de los hombres. — Mas tú, cuando, haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. — Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto, te premiará. »

CÁRLOS DE PRAVIA.

Revista de Paris.

Grandes fiestas se han visto en Paris desde el advenimiento de Napoleón III al trono imperial, pero ninguna de ellas podría compararse en magnificencia con la celebrada en los días 14 y 15 de junio. No tememos anticipar aquí algunos pormenores sobre esta solemne ceremonia, seguros de que no por esto perderá nada de su interés la narracion descriptiva que acompañará á los dibujos en uno de nuestros números próximos. Desde luego principiaremos por decir que jamás ha tenido Paris tan considerable número de huéspedes. En toda la semana habían entrado á miles los forasteros, entre ellos muchos ingleses y muchos rusos que aprovecharon el restablecimiento de la paz para volver aquí con el anhelo de verdaderos aficionados á las delicias de la vida parisiense. Además las provincias francesas enviaban al mismo tiempo á la capital masas de curiosos que invadían las pocas habitaciones que quedaban libres.

El sábado 14 desde por la mañana Paris presentaba el aspecto de una ciudad que está de fiesta. La mayor parte de las tiendas se hallaban cerradas, y muchas casas se engalanaban con banderas y trofeos. El cortejo imperial debía salir por el jardín de Tullerías á la plaza de la Concordia, y siguiendo esa nueva arteria que se llama la calle de Rivoli, debía atravesar el puente y la calle de Arcole para entrar en Nuestra Señora. Las calles de este itinerario ofrecían una fisonomía particular. Todos los vecinos de estas calles favorecidas habían alquilado los balcones, las ventanas, las tiendas y hasta los tejados de sus casas á precios elevados. Un balcon donde cabían cuatro personas costó 500 francos en la calle de Rivoli, y hubo una fachada entera que se pagó 3,000 francos. Una señora inglesa dió 10 libras esterlinas por una silla y una de sus compatriotas alquiló un sillón mas cómodo por el doble. En esta proporcion se especulaba.

El cardenal Patrizzi, representante del papa Pio IX en la ceremonia del bautizo, salió del palacio de Tullerías á las cinco de la tarde en un soberbio carruaje de la corte con ocho caballos y escoltado por dos escuadrones de dragones, y media hora despues apareció el cortejo imperial com-

puesto como es de suponer, de todo lo principal de la corte en coches espléndidos. La carroza del Emperador, resplandeciente de oro y de pinturas, es una obra maestra. Su parte superior se halla toda calada y adornada de espejos; la caja es dorada toda ella y encima lleva una galería que sirve de base á un grupo con la corona imperial de mas de un metro de alto, una obra notable de escultura.

La plaza del atrio de Nuestra Señora no pudo contener un momento aquella multitud de carruajes obligados á replegarse sobre sí mismos. Allí la mirada abrazaba un cuadro soberbio: la antigua catedral de Paris ostentaba en medio de sus adornos su majestad religiosa, su carácter imponente; delante de la puerta principal se elevaba un pórtico majestuoso que en recuerdo de los tiempos antiguos representaba la famosa puerta roja de la edad-media.

Por dentro la basílica habia sufrido una transformacion completa. Todo eran pinturas azul y oro; estandartes con los colores y las armas de las principales ciudades de Francia, colgadas de terciopelo encarnado con flecos de oro, guirnalda, trofeos de armas y banderas. El altar representaba un bautisterio de estilo gótico. 14,000 peticiones de entradas se habian dirigido al arzobispado; pero solo 4,000 personas pudieron asistir á la ceremonia. Entre la concurrencia oficial se distinguian todos los cardenales, arzobispos y obispos de Francia que habian sido invitados por carta particular del Emperador; á ochenta ascendia el número de los últimos.

Verificado con una solemnidad inusitada el bautizo del príncipe imperial por Su Eminencia el cardenal legado, el agosto niño fué presentado al pueblo por el Emperador, mientras el maestro de ceremonias gritaba tres veces en el coro « ¡Viva el príncipe imperial! » y la orquesta ejecutaba el brillante y alegre « Viva » del abate Roze. Después del cantodel « Domine salvum » y la oracion por el Emperador, la ceremonia se concluyó con el « Te Deum » ejecutado por la orquesta, el versículo y la oracion « Pro gratiis agendis » y la bendicion pontifical por el cardenal legado.

El Emperador salió de la iglesia á las siete en direccion al Hotel de Ville, donde la municipalidad de Paris daba un banquete como el 9 de junio de 1811 le dió á Napoleon I despues del bautismo del rey de Roma. La ornamentacion exterior del palacio consistorial era sorprendente, y á estas magnificencias del edificio prodigadas en todos sentidos y bajo muchas formas, al esplendor de los pórticos, los candelabros, las colgaduras, las banderas, se unia la variedad de las decoraciones ingeniosas de la avenida Victoria, que está en frente y del arco de triunfo elevado en el eje de esa via y apoyado en dos monumentos de estilo moderno improvisados con madera y lienzo. Paris se halla acostumbrado á estas transformaciones que se verifican como por encanto; pero esta vez el milagro se habia consumado tan rápidamente que el público dudaba de lo que estaba viendo. La avenida Victoria apenas trazada aun se hallaba convertida en un jardín con árboles frondosos, con toda una vegetacion tropical, y atravesaba este jardín un rio de cien metros de largo. Cuarenta y ocho horas tuvo el arquitecto de la villa para dar hecho este vergel con flores, fuentes y cascadas como las de Versalles. Hay gente que duda todavía si era pintado todo aquello.

Dentro del Hotel de Ville, en el gran salon de las fiestas y en los cuatro salones contiguos, habia cinco mesas con cuatrocientos cubiertos. La de Sus Majestades estaba en medio. Diez y ocho mil bugías alumbraban este conjunto. Adornaban las mesas los mas ricos jarrones de Sevres cargados de frutas exquisitas y de flores raras; el servicio se hizo á la rusa, decir, no se vieron sobre los manteles otros adornos que estos de flores y de frutas. El Emperador tomó asiento entre la princesa Estefanía, gran duquesa de Baden, que representaba á la madrina la reina de Suecia, y la princesa Matilde. La emperatriz Eugenia se hallaba entre el cardenal Patrizzi, representante del papa Pio IX, padrino del príncipe imperial, y el príncipe de Suecia. La Emperatriz lucia en esta fiesta las grandes joyas de la corona de Francia; el Regente, cuya historia conocen nuestros lectores brillaba en su diadema; para expresarlo todo en pocas palabras, dirémos que el valor de estas alhajas ascendia á quince millones de francos. En uno de los puestos privilegiados de esta mesa, entre el príncipe y la princesa Murat, se hallaba el señor D. Salustiano Olózaga, elevado por la reina Isabel al rango de embajador de España con motivo de esta ceremonia. En las otras mesas se hallaban los miembros del cuerpo diplomático, los ministros, los cardenales, arzobispos y obispos de Francia, las personas de la alta servidumbre de palacio, los alcaldes de las principales ciudades del imperio, etc.

Durante la comida dos orquestas con coros ejecutaban simultáneamente piezas escogidas entre las cuales una llamó particularmente la atencion, el « Preludio » de Bach arreglado por M. Gounod para ambas orquestas que se respondian con estrofas de arpas y de coros.

A las nueve y media se concluyó el banquete, y Sus Majestades despues de recorrer el salon del trono, subieron á la azotea del palacio para ver desde allí el efecto de la plaza tal como estará despues de su conclusion, efecto que estaba figurado por los edificios de lienzo de que hemos hablado ya y cuya sencillez tiene cierto carácter de grandeza. En aquel mismo instante los monumentos improvisados, el arco de triunfo, los jardines y las aguas se iluminaron con fuegos de bengala. Continuando el paseo por el Hotel de Ville, Sus Majestades bajaron las escaleras principales y salieron por la que conduce á la galería de cristales, entre dos grandes cascadas. Allí el prefecto del Sena habia preparado una agradable sorpresa á la Emperatriz: era una serie de dioramas representando aquellos sitios que debian traer á la memoria á la ilustre descendiente de los Guzmanes los principales recuerdos de su vida. Gra-

da, el lugar de su nacimiento; — Madrid con el paseo del Prado; — el palacio de Fontainebleau; — el bosque de Compiègne; — el aposento que habitó en el palacio del Eliseo antes de su boda; — la celebracion del matrimonio en la catedral; — la fundacion de la Institucion del arrabal San Antonio, para la cual consagró el producto del precioso collar que recibió de la ciudad de Paris como regalo de boda; el cuarto del príncipe imperial y la cuna ofrecida por el ayuntamiento; — el palacio de Saint Cloud; — la cascada del bosque de Boulogne, y por último, una vista de Biarritz y otra del pueblo de Aguas-Buenas en la frontera de España. La Emperatriz se mostró muy sensible á esta galantería delicada.

Aquí se acabó la fiesta del sábado 14, la fiesta oficial, pero ahora queda la del domingo, que fué la fiesta pública. El programa era seductor: diversiones al aire libre, funciones grátiis en todos los teatros, iluminaciones, fuegos artificiales, y sobre todo una reparticion aérea de dulces, los dulces del bautismo, que debian lanzarse en trescientos globos de la esplanada de los Inválidos derramando en distintas direcciones una lluvia de almendras y confites. Veinte mil libras de toda clase de dulces se gastaron en dar lastre á los globos, y esto sin contar los cincuenta mil cucuruchos de bombones que se repartieron por la mañana en las escuelas comunales primarias de Paris para ser distribuidos entre los niños. Además con el cucuruchito de bombones cada niño recibió tambien una medalla de plata con las efigies del Emperador y de la Emperatriz por un lado, y por el otro la del príncipe imperial con esta fecha « 14 de junio de 1856. »

El día se pasó brevemente entre tanta ocasion de divertirse; pero la afluencia de gente en los teatros y en los lugares designados para esos festejos no fué nada en comparacion de la que se vió por la noche. De todas las calles salia en direccion á las grandes arterias de Paris una muchedumbre que parecia surgir de cada piedra, tan apiñadas se mostraban sus filas. Y esta muchedumbre inmensa se dirigia en su mayor parte á ver las iluminaciones y la funcion de pólvora de los Campos-Eliseos. La esplanada de los Inválidos representaba un inmenso mausoleo alumbrado en todas sus líneas, en todos sus contornos. La avenida de los Campos-Eliseos á la barrera de la Estrella ofrecia una doble hilera de guirnalda ardientes que remataban en la galería de fuego del « Rond-Point » cuya fuente parecia arrojar cohetes y cascadas de diamantes sobre coronas de llamas.

La plaza de la Concordia rodeada de luces formaba un soberbio punto de vista: difícil seria explicar el prodigioso efecto que producian aquellas columnas, aquellas arañas en medio de los árboles, aquellos grupos de estatuas brillantes como de día. Esta iluminacion colosal se completaba en línea recta con las de Tullerías, el Louvre, el Palacio Real, la torre Saint-Jacques y el Hotel de Ville.

Delante del Cuerpo legislativo se habia elevado un aparato de grandes proporciones para los fuegos artificiales. A las nueve y cuarto la emperatriz Eugenia desde el balcón del ministerio de Marina que está enfrente, mandó dar la señal al polvorista; el castillo representaba un edificio de arquitectura gótica con bautisterio, y á cada lado de este se veian las cifras del padrino y la madrina. Esta funcion pirotécnica fué muy admirada. La multitud apiñada un instante en la plaza de la Concordia se fué derramando luego por otros puntos de la poblacion donde habia que ver las iluminaciones de los monumentos públicos mas notables y de las casas particulares.

En esa misma noche del domingo la municipalidad de Paris habia dispuesto un baile en el Hotel de Ville, pero esta última parte de la fiesta hubo de trasladarse á la noche siguiente en razon á que se habia impedido el tránsito de coches por los sitios principales de Paris, á fin de no estorbar en nada la circulacion de las grandes masas de gente. En efecto, el baile tuvo lugar el lunes: el Hotel de Ville estaba adornado interiormente del mismo modo que en agosto de 1855 cuando el baile que se dió á la reina de Inglaterra; esto es, era un jardín lleno de ricas flores, de fuentes y de estatuas. Sus Majestades asistieron tambien á este baile que coronó espléndidamente las fiestas en honor del bautizo del príncipe imperial, fiestas cuyo recuerdo conservará Paris durante mucho tiempo.

MARIANO URRABIETA.

Festival alemán de Estrasburgo.

Su origen. — Ensayos acuáticos. — Los lazos azules. — La ejecucion. — Los pájaros interviniendo en el programa. — El banquete. — Dos palabras de historia. — Las cuatro Estaciones. — El baile.

Hay en Estrasburgo tres sociedades corales que determinaron hace tres meses reunirse para la ejecucion de una grande obra musical, y eligieron el célebre oratorio de Hyden titulado las Cuatro Estaciones. Pero en breve queriendo dar mas brillo á esta reunion se pensó en dirigir un llamamiento á las sociedades corales de las localidades próximas, y de resultas de la multiplicidad de las adhesiones y de la extension forzosa del programa, hubo que sustituir en fin al plan del simple concierto proyectado los preparativos de un inmenso festival.

El sitio escogido para la fiesta fué un vasto picadero dependiente del cuartel de artillería, y allí el viénes último, á mi llegada, oí el ensayo general de las Estaciones al que fué admitido el público por poco dinero. Las intemperies funestas que desde hace meses causan tantos estragos en otras provincias de Francia, reinaban aquí

con el mayor rigor, y entre todos los comités particulares que tenian á su cargo los diferentes trabajos del festival, ningun comité de astrología habia recibido la mision especial de conjurar con sus operaciones cabalísticas el grave desorden ocurrido en la marcha y la influencia de los signos del zodiaco. Seguramente bajo la impresion de este olvido imperdonable, al fin del ensayo del viénes, uno de los principales organizadores de la fiesta, el doctor Strohl, cuando convidaba á las cien señoras y señoritas al baile de ayer, las aconsejaba que adoptaran como señal de libre paso un lazo de cintas azules con franjas de plata, en la esperanza, decia, de ver que el cielo se adornaba con el mismo color. Ahora bien, en tanto que hablaba, por una antítesis sardónica una lluvia abundante y helada transformaba en un vasto lago el picadero, cuyo aspecto exterior recuerda exactamente la imágen tradicional del arca del diluvio.

Sin embargo, se encargaron los lazos azules y se ejecutaron el sábado bajo un cielo encapotado que seguia protestando á chaparrones contra las bucólicas de un programa dedicado á la primavera de 1856, *Deo ignoto*. Pero el domingo por la mañana por un cambio súbito, inexplicable, sale un hermoso sol que seca, alumbrando, calienta la atmósfera como dando razon á los lazos azules al programa y á la multitud de forasteros que habian llegado.

Esta dicha imprevista llevó á su colmo la animacion general, y una compacta muchedumbre asistió al desfile de los cantantes que iban entre un acompañamiento militar. Además de las tres sociedades de canto de Estrasburgo, que presidian la fiesta, se hallaban representadas en el cortejo otras treinta y seis corporaciones musicales, ya por delegados, ya por diputaciones que muchas de ellas tenian hasta treinta miembros; la de Maguncia contaba cincuenta.

Diez ó doce de estas diputaciones habian llegado de Paris, Choisy, Nogent, Clichy, Vaugirard; otras tantas pertenecian á los dos departamentos alsacianos del Alto y del Bajo Rhin, y las restantes á la Suiza y á las comarcas rhinianas. Todos sus miembros llevaban insignias de diversos colores y cada grupo iba precedido del estandarte de la sociedad cuyo adorno casi invariable es una lira. Puedo decir que habia liras en grande.

Despues de la recepcion en la alcaldía y el traguito del vino de honor, los cantantes pasaron al picadero en cuyos tendidos habia mas de dos mil espectadores, y el concierto principió con un canto religioso del compositor alsaciano M. Kastner. Este coro y el de los *Hijos de la Francia*, muy bien compuesto sobre las palabras de Beranger por el doctor Strohl, son las únicas piezas que se ejecutaron en lengua francesa. Otros diez y seis coros ó cuartetos sin acompañamiento fueron ejecutados en lengua alemana, los coros por todos los cantantes reunidos en número de setecientos ú ochocientos y los cuartetos por miembros elegidos de las nueve sociedades designadas.

Si hubiera habido premios en esta solemnidad, el primero se habria otorgado seguramente á la sociedad de Maguncia que ejecutó, con una precision, un brio y un encanto notables, una pieza cómica de Kunze. Después llamó la atencion el *Adios á la patria* cantado por la *Armonía* de Zurich que provocó unánimes aplausos. Por último merecieron y conquistaron alternativamente los sufragios del público, la sociedad de Wutzburgo en la ejecucion de una pieza de estilo grandioso de su director M. Becker, la de Estrasburgo que cantó una tirolesa en la que M. Hoff el tenor hizo vocalizaciones admirables, y por último la *Coral* de Mutzig.

A los coros que he citado ya debo añadir como de mucho efecto el *Bardo* de Reiter y el hermoso coro de Mozart *Eintracht*, esto es, que tiene por tema la union, la confraternidad.

No olvidemos mencionar otro coro que aunque no se hallaba anunciado en el cartel no dejó de producir su efecto. Hablamos del coro de gorriónes anidados en el armazon de la bóveda de aquella sala. Ya les habian cazado sin piedad en los últimos días, y habian destruido sus nidos; pero en vano, pues vinieron con mas fuerza que nunca y acompañaron obstinadamente todas las piezas del programa. Yo me encontraba al lado de una señora muy graciosa que se reia de los disparates musicales que resultaban á veces con aquella intervencion de los pájaros. Un caballero que estaba á nuestro lado, al ver que la señora se reia con tanto gusto, murmuró algunas palabras de descontento que pasaron desapercibidas para la dama.

— Tenemos aquí un señor muy irritado con lo que tanto os divierte, dije á la señora acordando mi sonrisa con la suya.

— Conieso, me respondió, que no comprendiendo una palabra de alemán, no puedo enfadarme con esos pajarillos porque tampoco lo entienden.

Y esta era la inocente causa de su risa. El banquete de 800 cubiertos que coronó la fiesta de este primer día no fué extraordinario; sin embargo, el salon en que se daba estaba adornado con gusto por M. Conrath, arquitecto de la villa. Asistian á él el general Reibeill, el prefecto y el regidor M. Delaporte que reemplazaba al alcalde ausente. Se pronunciaron muchos brindis y varios discursos, y entre estos últimos el de M. Keller de Zurich ofrecia un interés particular; para dar cuenta de él me veo obligado á intercalar aquí una noticia histórica.

Durante las guerras de la edad-media, Estrasburgo concluyó una alianza con Zurich, y en 1356 con motivo de una fiesta de tiro muy solemne, los de Zurich bajaron el Rhin en veinticuatro horas hasta Estrasburgo,



Tipos de los cantantes del gran festival coral de Estrasburgo (junio de 1856).

llevando á sus confederados en testimonio de buena amistad un cocido de mijo que fué servido en la cena del primer magistrado. Este es el hecho cuyos detalles ha recordado M. Keller presentando á las sociedades corales de Estrasburgo como prenda de una simpatía de tres siglos de fecha, un soberbio jarrón de plata soste-

nido por dos figurillas y adornado de un grabado circular cuyo doble asunto es el viaje de los de Zurich sobre el Rin en 1536 y el viaje de sus descendientes hecho hace dos dias por el camino de hierro.

El dia de ayer, lunes, se consagró á la ejecucion de las *Cuatro Estaciones* que no fué tan buena como la del

ensayo general del viernes, pero que sin embargo produjo mucho efecto. Unánimes aplausos recompensaron á todos los intérpretes de la obra magistral de Hyden. — Un baile brillantísimo dado en el teatro terminó ayer noche, ó mejor dicho esta mañana, estas grandes fiestas musicales.

L. M.



Desfile de los cantantes del gran festival de Estrasburgo.

William Palmer, envenenador y falsario.

En el fondo del valle de Trent, en el Staffordshire, sobre el trayecto del ferro-carril del North-Western, se encuentra la pequeña pero opulenta aldea de Rugeley. Allí hay todos los años una feria de caballos famosa en toda la Inglaterra, y donde el gobierno británico se abasteca casi exclusivamente para la remonta de su caballería.

Rugeley es un sitio delicioso. Nada más gracioso que sus calles llenas de jardines y sus praderas esmaltadas de florecillas y regadas por un riachuelo. A tiro de fusil de un puente de piedra sobre el Trent, se eleva una casita de ladrillos de bonito aspecto. Desde su peristilo se baja al río: el patio está adornado con cajones de naranjos y de laureles; no lejos de allí se ven los restos de un antiguo castillo y las tapias de un campo-santo donde muchas generaciones duermen con el último sueño.

En esa casa vive la viuda de un traficante en leña, enriquecido por especulaciones misteriosas y que un fin misterioso llevó a la tumba. Una numerosa familia nació bajo su techo; madama Palmer dió á luz cinco hijos y dos hijas. De los hijos el primero fué abogado, el segundo ministro del culto, el cuarto tratante en granos y el último se consagró al comercio de leña. De las dos hijas la una vive aun y participa con su madre de la estimación de todo el mundo; la otra murió pronto víctima de una horrible pasión, la pasión de la bebida. Aunque rica é influyente esa familia vivía en la oscuridad hasta el día en que uno de sus miembros, William Palmer, la dió una celebridad de las más terribles que puede haber en los anales del crimen.

William Palmer tiene 35 años, y fué en otro tiempo aprendiz en casa de un químico de Liverpool. Despues estudió la medicina y fué á ejercer su arte en su pueblo natal. Es un hombre de un exterior amable, de una fisonomía simpática, de un humor alegre; era bueno para los pobres, cortés con sus inferiores, y muy bien quisto entre todas las doncellas de la comarca, á quienes dió mas de una prueba de su interés platónico. Sus hijos naturales murieron casi al nacer, y cuatro hijos legítimos tuvieron la misma suerte. Uno solo, de edad de siete años, vive aun y heredará la fortuna de su madre.

Palmer se había casado con la hija del coronel Brooks del ejército de las Indias, retirado en Stafford, que murió asesinado sin que se haya sabido jamás quien fué el autor de este crimen. A la muerte del coronel, el usufruto de su fortuna pasó á su querida, y la propiedad á su hija que fué la mujer de Palmer, y cuya memoria bendicen aun todos los días los pobres de Rugeley.

Palmer podía haber sido dichoso en esa unión con una mujer jóven, amable y muy hermosa, pero otros cuidados ocupaban su espíritu inquieto y aventurero; pasaba las noches enteras en su despacho estudiando las propiedades de los venenos, de la estricnina, del ácido prúsico y de la morfina. Su afición á la toxicología era tan grande que dió el nombre de *estricnina* á uno de sus caballos favoritos.

Palmer era también aficionado á los caballos. Educado en una ciudad muy popular entre los héroes del *turf*, había tomado la costumbre de ir á las carreras, de apostar, de hacer correr sus caballos; en esto era como muchos hombres de Estado de Inglaterra. William Palmer quiso tener caballerizas, y pronto gastó en este capricho los pocos miles de libras esterlinas que le dejó su hermano. En las carreras apostaba como un gran señor y rara vez ganaba; sin embargo, era preciso pagar estas deudas de honor, y tomó prestado á 60 por ciento; pero al fin, concluidos todos sus recursos, acudió á su madre política.

Esta temía á Palmer, y alarmada por la suerte de su hija salió de Stafford y se estableció en Rugeley en la casa de Palmer. Cuatro días despues de haber entrado en ella murió, y su fortuna pasó á la mujer de William; este se halló naturalmente por consiguiente á la cabeza de una renta considerable. Es verdad que esta renta debía cesar de derecho á la muerte de su mujer para recaer en sus hijos, pero el doctor de Rugeley era hombre de precaución, y se dirigió á una compañía para colocar un seguro sobre la vida de su querida Ana. Los médicos declararon en toda conciencia que disfrutaba de la mejor salud y vaticinaron largos años de vida y primas abundantes. La jóven estaba embarazada, y el embarazo se considera como enfermedad, pero esta posición interesante no hacia sino explicar mejor las in-

quietudes de su querido esposo. Tres compañías se comprometieron á pagar colectivamente la suma de 13,000 libras esterlinas el día que muriese la señora de Palmer. El 24 de enero de 1834 dió á luz un hijo que vivió dos días; el segundo día el padre mandó llamar un viejo doctor de 80 años, M. Bamford, que ordenó una pocion; M. Palmer la administró y una hora despues escribía sobre su agenda: *Baby ha muerto á las diez de la noche.*

dijeron que la enferma tenía una colerina, aunque estaba también resfriada, y el doctor ordenó píldoras de calomel y de coluquina. Volvió por la tarde y halló á su paciente en el mismo estado. Ya no la vió mas, pero firmó de antemano un certificado diciendo que había muerto de colerina. Otro médico, el doctor Knight, consintió también en firmar esta declaración, en la cual la enfermera, que era vieja y sorda, estampó igualmente su firma.

El 29 de setiembre, Palmer escribía en su agenda: « *Mi pobre Ana ha muerto á la una y diez minutos.* »

El 8 de octubre: « *He estado en la iglesia: — He tomado el santo sacramento de la comunión.* »

La señora de Palmer fué enterrada al lado de su madre, y las tres compañías de seguros pagaron 123,000 francos á su inconsolable esposo.

La especulación había sido tan buena que todo le inducía á intentarla de nuevo. ¿ La vida de qué pariente ó amigo podría asegurar esta vez? Palmer tenía un hermano, M. Walter Palmer que había padecido ya un ataque de *delirium tremens*. Pero halló médicos que le dieron certificados de buena salud y á fuerza de intrigas logró colocar sobre la cabeza de ese hermano querido un seguro de 350,000 frs.

Walter Palmer era un borracho, un jugador, un libertino, aunque parecía un excelente jóven. Vivía separado de su mujer que no se quejaba de su ausencia y bebía un litro de *gin* todos los días. William Palmer puso al lado de este hermano querido un vigilante que le costaba muy caro, hasta 5 libras esterlinas por semana, pero que le cuidaba con una solicitud sin igual, que le daba de beber todo cuanto quería. Jamás se despertó Walter por la noche sin hallar á su cabecera una botella de *gin*; él bebía á mas no poder, pero tosía mucho y se quejaba de dolores agudos bajo los omoplatos.

El 14 de agosto de 1835, Walter Palmer, con su fiel vigilante, fué á las carreras de Wolverhampton y volvió ébrio, lo que no impidió que su ayuda de cámara le diese mas de beber todavía. Por la noche tuvo una congestión; su hermano fué llamado, le administró un remedio, y murió ántes de la llegada del doctor Bamford que no dejó de firmar un certificado de muerte natural. Pero los 350,000 frs. de seguros no fueron pagados, y como Palmer no hiciese ninguna reclamación, se desperataron algunas sospechas. Es inexplicable que en tales circunstancias no se procediese á la autopsia del cadáver. Pero Palmer era un personaje en Rugeley; tenía un hermano *clergyman*, un hermano abogado, poseía caballos de carrera, era, en una palabra, un perfecto *gentleman*. Nadie se habría atrevido á acusarle. Además, Palmer obraba de modo que ponía en derrota todas las sospechas. Antes de la muerte de su hermano, había propuesto á una compañía un seguro sobre la vida de un tal Bate amigo suyo. La compañía no admitió, y M. Bate debe agradecerla su vida. — Cuando murió Walter, William reclamó de su viuda el pago de supuestas obligaciones contraídas por su marido; pero la pobre mujer expuso su posición desgraciada, y Palmer se mostró generoso perdonándola lo que no le debía.

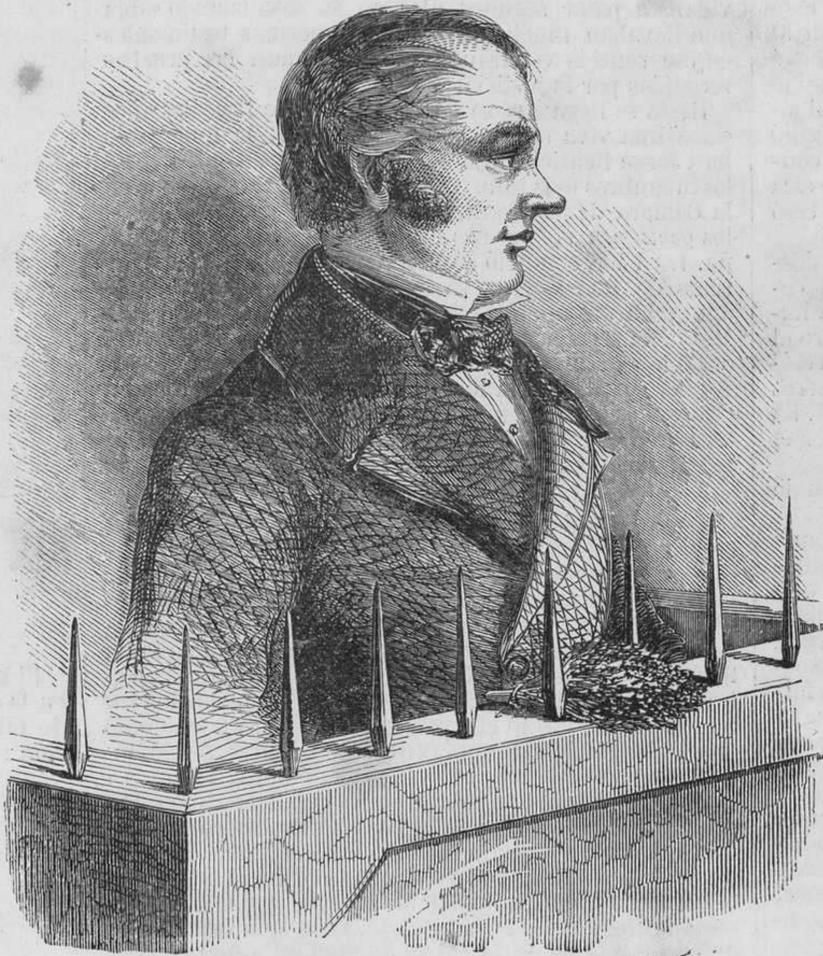
Engañado en sus esperanzas el cirujano de Rugeley pensó desquitarse apostando en las carreras de Shrewsbury, donde fué con un amigo íntimo M. John Parsons Cook, jóven de 20 años, que Palmer conducía á su antojo. El 13 de noviembre los dos sportmen se hallaban juntos en Shrewsbury. Uno de los caballos de M. Cook ganó el premio de la carrera, y el afortunado dueño del vencedor dió una comida á sus amigos en la taberna del *Cuervo*. El banquete fué muy alegre; se bebieron muchas botellas de vino rancio, y luego á la moda inglesa, para reponerse se bebió grog. Al primer sorbo de esta mezcla, M. Cook se quejó de que le picaba el gaznate.

— Hay algo en este aguardiente, exclamó:

Pero Palmer brindó alegremente con su amigo, y vaciando su copa de una vez le obligó por amor propio á que hiciera otro tanto.

Aquella noche M. Cook estuvo muy malo; provocó mucho, y en el delirio de la embriaguez, al confiar al dueño del *Cuervo* 700 libras esterlinas que tenía consigo, acusó á su amigo Palmer de haberle envenenado para robarle su dinero.

Pero estas eran palabras de borracho. El fondista respondió con mucha sensatez que si Palmer hubiera envenenado á su compañero, se habría mostrado mas oficioso, y habría querido cuidarle á toda costa. Ahora



William Palmer.

Algunos meses despues de este incidente vulgar un tal Bladen agente de una fábrica de cerveza á quien Palmer debía 400 libras esterlinas que le prestó sobre el *turf*, se presentó en Rugeley á reclamar el pago. Su amigo, pues Palmer no pedía mas que á los amigos, le

taron algunas sospechas. Es inexplicable que en tales circunstancias no se procediese á la autopsia del cadáver. Pero Palmer era un personaje en Rugeley; tenía un hermano *clergyman*, un hermano abogado, poseía caballos de carrera, era, en una palabra, un perfecto *gentleman*. Nadie se habría atrevido á acusarle. Además, Palmer obraba de modo que ponía en derrota todas las sospechas. Antes de la muerte de su hermano, había propuesto á una compañía un seguro sobre la vida de un tal Bate amigo suyo. La compañía no admitió, y M. Bate debe agradecerla su vida. — Cuando murió Walter, William reclamó de su viuda el pago de supuestas obligaciones contraídas por su marido; pero la pobre mujer expuso su posición desgraciada, y Palmer se mostró generoso perdonándola lo que no le debía.



Habitación de Palmer, á Rugeley.

invitó á pasar la noche en su casa; Bladen aceptó, y durante la noche se puso malo. Se llamó al viejo doctor Bamford, quien ordenó una pocion calmante; una hora despues Bladen había muerto, y Palmer ya no le debía las 400 libras esterlinas.

En setiembre de 1834, la señora de Palmer fué con una de sus hermanas políticas á un gran concierto que se daba en Liverpool. Se constipó y volvió á Rugeley un poco indispueta. Al otro día su marido la dió una taza de té con azúcar, sin leche, despues de haberla bebido provocó, llamaron al buen doctor Bamford, le

bien, en vez de obrar así, le había dejado solo en su cuarto y provocar á sus anchas. Por eso al otro día Cook y Palmer salieron para Rugeley los mejores amigos del mundo, y M. Cook tomó un cuarto en la fonda de las *Armas de Talbot*, situada casi en frente de la bonita casa de William.

A los dos días de su llegada á Rugeley, M. Cook cayó enfermo. Su estómago rebelde se negaba á todo alimento; tenía convulsiones que parecían ataques de epilepsia. Sus ojos salían de sus órbitas, sus miembros se estiraban y se endurecían como el hierro. M. Palmer fué llamado, y le administró un calmante mientras llegaba el doctor Bamford, que ahora tenía ya 82 años. Este ordenó dos píldoras de opio, que Palmer no quiso dar al enfermo. Otro médico, M. Jones, amigo de Cook, llegó en breve y se instaló en el cuarto del paciente. Este vió entrar á Palmer con dos píldoras que hizo tragar al joven, que eran de amoníaco. Una escena terrible siguió á esto. El paciente saltaba sobre la cama, preso de convulsiones horribles; lanzaba gritos espantosos. Pero esta agonía no duró mas que dos segundos; el corazón cesó de latir, y el pobre joven expiró.

Esta vez no se podía evitar una información. El doctor Bamford pretendió que había habido congestión cerebral, aunque otro médico pretendió que no había habido ningún derrame de sangre en el cerebro. Pero el padre del difunto cortó la dificultad, enviando el estómago de su hijo al doctor Taylor, uno de los primeros químicos de Londres, para que hiciera la autopsia. La respuesta del doctor Taylor fué *Muerte producida por el tetanos — tetanos producido por la estricnina.*

Al otro día Palmer fué arrestado bajo la prevención de homicidio voluntario.

Pero esto no era todo. De las 700 libras esterlinas que M. Cook había traído de Sheresbury, solo se hallaron 15. El librito en que apuntaba sus apuestas y que había dejado sobre la chimenea había desaparecido. Luego se averiguó que el primer día de la enfermedad del difunto, Palmer había ido á Londres para descontar billetes firmados por Cook, y cuyas firmas eran falsas. Así se procuró mas de 1,000 libras esterlinas. Se extrañará que Palmer no se fugara en cuanto supo el envío del estómago de M. Cook al doctor Taylor; pero aquí es de notar un incidente no menos curioso. Después de un primer análisis sin resultado, el químico de Londres escribió al abogado de la parte civil que no había descubierto nada. El jefe de correos de Rugeley abrió la carta y comunicó su contenido á M. Palmer, que le regaló por este servicio una pieza de caza, y compró, mediante un billete de 50 libras esterlinas la benevolencia del coroner que tenía que proceder á la información judicial sobre el cadáver.

El docto cirujano estaba pues seguro de su primer juez, y seguro del dictamen de los peritos.

Desgraciadamente el doctor Taylor procedió á nuevas investigaciones, el jefe de correos confesó, y el coroner fué descubierto por el portador del billete de 50 libras esterlinas.

Palmer fué preso, como hemos dicho, y el jefe de la policía de Stafford obtuvo de sir G. Grey la autorización de desenterrar los cadáveres de la señora de Palmer y de Walter Palmer.

Los dos féretros fueron sacados de la sepultura de la familia. Primero se abrió el de la mujer; como era de madera, los gases deletéreos habían salido y no exhalaban ningún olor. Las faéciones delicadas de la difunta habían conservado toda su finura. La información estableció que no había muerto de colerina; se sacaron los intestinos, se metieron en bocales, y se enviaron al doctor Taylor.

Hasta aquí todo iba bien; pero ninguna pluma podría describir el horror de la apertura del segundo féretro. Como es de plomo, todos los gases se concentraron en él, y la descomposición fué mas rápida. Varios jueces quedaron trastornados y enfermos durante algunos días.

En suma, según el informe del doctor Taylor y según el fallo del jurado acusador, M. Cook fué envenenado con estricnina, la señora de Palmer sucumbió á los efectos de dosis reiteradas de antimonio, y Walter Palmer á los efectos del ácido prúsico.

Vemos que William Palmer variaba sus placeres y sus experimentos. Además se han descubierto falsificaciones cometidas por él, por un valor de mas de 10,000 libras esterlinas.

¿Qué actividad tan incansable, tan maravillosa la de ese hombre! Palmer resume, dice un diario inglés, la audacia de Napoleon, la memoria de Wellington y el genio estratégico de los mas grandes conquistadores. Nada descuidó en sus planes, ni los buenos oficios, ni la corrupción, ni aun la indiferencia afectada oportunamente. Preciso es que haya un Dios justo, un Dios vengador, para que se haya descubierto la destreza infernal de ese hombre. Seis meses empleó, dice el doctor Taylor, en envenenar á su mujer, y un año en matar á su hermano con el *gin*, mientras le acababa con el ácido prúsico. Se sabe que compró una onza en Wolverhampton; el mercader lo declaró; todo está claramente demostrado antes de que se principie la causa.

¿Y qué acumulación de accidentes en esa historia espantosa! Palmer padre, serrador de madera, reúne una fortuna colosal sin que se sepa cómo, y muere de apoplejía. Una de sus hijas se mata bebiendo, uno de sus hijos muere envenenado por su propio hermano. El coronel Brooks perece asesinado sin que se descubra su asesino, su querida muere envenenada por su yerno, su hija envenenada por su marido. Cuatro hijos ilegítimos bajan prematuramente al sepulcro; tres hijos ilegítimos

tienen la misma suerte. Hace cinco años ese hombre envenena á uno de sus amigos (M. Bladen); hace dos meses mata á otro. El coroner está comprometido; el jefe de correos destituido, y la oscura aldea de Rugeley se hace célebre para siempre en los anales del crimen.

¿Son bastantes horrores amontonados sobre la cabeza de un hombre? La opinión pública pretende que no. Se asegura que las operaciones coronadas de tan buen éxito con Bladen y Cook, se intentaron con otras veinte personas honorables de Londres, de Manchester, de Newcastle, de Cambridge, de Nottingham. Palmer las convidaba á pasar algunos días en su casa cuando sabía que llevaban mucho dinero, y numerosos testimonios en ese sentido vendrán á corroborar aun las pruebas recogidas por la justicia.

Hasta se llega á recordar un hecho que hace dos años causó una viva sensación en Inglaterra, la muerte de lord Jorge Bentick, hijo del duque de Portland, uno de los miembros mas influyentes del partido conservador en la Cámara de los Comunes y al mismo tiempo uno de los *gentlemen riders* mas distinguidos de la Gran Bretaña. Lord Jorge murió súbitamente al volver de las carreras de Doncaster, y se supone que el librito donde apuntaba sus apuestas había desaparecido como el de M. Cook; se añade que había ganado una suma considerable á Palmer.

¿Pero qué importa lo que puede haber de verdad en esta sospecha? Dejemos descansar en paz las cenizas de lord Bentick, y que al menos de un solo crimen podamos creer inocente á Palmer.

Esta es la historia de William Palmer. Tan grandes crímenes le dieron una extraordinaria celebridad en Inglaterra. La opinión se dividió en dos campos; hubo los *palmeristas* y los *anti-palmeristas* como había habido los *verdes* y los *azules* en tiempo del Bajo-Imperio. Pero donde estaban mas ardientes y fogosos estos partidos era en Stafford y en Rugeley, tanto que temiéndose que la justicia no pudiera hallarse exenta de toda prevención en esta causa, se formó el proceso en Londres y entendió en él el tribunal criminal central de Londres, presidiendo el jurado lord Campbell el jefe-juez de Inglaterra.

El día 14 de mayo se abrieron los debates, y solo sobre uno de los delitos cometidos por Palmer, sobre el envenenamiento de William Parsano Cook, crimen que data de noviembre último. El 27 de mayo se dió la sentencia; el jurado declaró culpable al acusado y en su consecuencia fué condenado á muerte, pena que sufrió el 14 de junio delante de la cárcel de Stafford ante una concurrencia que había acudido de todos los puntos del reino y que el *Times* hace subir á 30,000 personas.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

EUSEBIO LILLO.

(Conclusion.)

En el segundo canto, es notable la entrevista de María con su amante, y no deja de tener chispa la digresión del poeta sobre el modo como las gentes juzgaron la escapatoria de los dos enamorados. También Espronceda hacia digresiones de la laya, imitando á Byron. Como no hemos visto de la leyenda sino los dos cantos publicados en la *Revista de Santiago*, no podemos dar una idea de su trama y de su desenlace.

La poesía de Lillo á una *Resedá* está llena de pensamientos delicados. Es una composición llena de perfumes y armonía. ¿Cuánta gracia y naturalidad hay en ella! Héla aquí:

Flor modesta que levantas
Del suelo apenas la frente,
Que con tu olor nos encantas
Y embalsamas el ambiente:
Díme, flor sencilla y pura,
¿Qué hermosura

Te ha dado tan suave olor?
Díme ¿qué angélico aliento
Dió á tu cáliz ceniciento
El aroma del amor?

Tu fragancia pura y suave,
Resedá, flor de las flores,
Mitigar la pena sabe
Del que pena por amores;
Y el alma que sufre un día

La agonía
De la duda en el amar,
Hallar en tu suave fragancia
Mas amor y mas constancia
Y esperanza en el penar.

Tal vez, flor, alguna bella
Que amante y fiel adoraba,
Su ardiente y dulce querella
Sobre tu seno dejaba:
Por eso al fiel y constante

Tierno amante
Le das esperanza y fé;
Por eso es tu olor preciado

Como el recuerdo pasado
De un tiempo feliz que fué.

Tu cáliz de aromas lleno
Busca risueña la hermosa
Y en su misterioso seno,
Bella y sencilla te posa:
¿Quién cual tú, flor hechicera,
Se durmiera

En un seno encantador;
Y del corazón querido
Escuchara algún latido
Lleno de fuego y de amor?

Grata flor, á tu hermosura
Se alza hoy mi sencilla trova.
En alas del aura pura
Que tus olores te roba:
Resedá, si amor abriga
El corazón de la amiga
Que tu aroma me ofreció;
Que en sus amantes desvelos
La desplácidos consuelos,
Nada mas te pido yo.

Entre tanto el aura mansa
Te columpie placentera;
Y si en tu seno descansa,
Te rice blanda y ligera;
Y la cristalina fuente,

Trasparente

Bañe tu pié, Resedá,
Y parias rindan las flores
A los plácidos olores
Que tu lindo seno da.

El mismo donaire, la misma delicadeza que campean en la anterior composición, reinan también en la poesía de Lillo «*El Junco*,» la cual insertamos á continuación:

Pálida flor, cuya marchita frente
Al soplo de las auras se doblega,
Mientras te arrulla el jugueton ambiente
Y entre tus hojas bulliciosas juega:

Pálida flor que vives descuidada
Sin alzar tu cabeza entre las flores...
Siempre fija en la tierra tu mirada
Con la expresión que imprimen los dolores.

Díme, ¿qué tienes?... Cuando el alba tiñe
Los cielos en su paso majestuoso,
Cuando el velo de nieblas se desciñe,
¿Por qué no te alzas á gozarla hermoso?

Díme, ¿qué sufres?... Cuando el sol dorado
Posa en los cielos su divina planta,
Cuando da luz al suelo fatigado,
¿Por qué, dime, tu faz no se levanta?

O cuando en brazos del fugaz ambiente
Se va á ocultar el sol allá en los mares,
¿Por qué no elevas tu preciosa frente
Y dejas á tus plantas los pesares?

Tal vez doblega misterioso peso
Tu frente juvenil, pero marchita,
Y en tu faz donde el aura imprime un beso
Alguna maldición tienes escrita.

Tal vez en esa fuente pasajera
Que á tus plantas espléndida murmura,
Mientras lamé tu pié leve y ligera,
Te gozas en tu pálida figura.

O quizás orgullosa con tu traje,
No elevas nunca la figura bella,
Por no ver otra flor que te aventaje,
Sin que pudieras competir con ella.

O tal vez te imaginas que doblando
Con mustia faz tu amarillenta frente,
Te ves mas linda... y en murmullo blando
Viene el aura á mecerte muellemente.

Tal vez... mas no... tu pálido capullo,
Se abre y se dobla misterioso al suelo,
No porque encierres, linda flor, orgullo,
Sino que es ley que te impulsiera el cielo.

Que en esa frente que nació doblada,
Amor su aliento celestial sujeta,
Porque á tu pié se eleva enamorada
Reclinada en tu tallo la violeta.

Con ella vives... un comun aliento
Os enlaza, bellísima pareja,
Tal vez... ¿quién sabe si te da un acento,
Mientras la mandas tu sentida queja?

Tal vez en el lenguaje de las flores
Hablaís los dos en plática amorosa,
Y respiráis envueltas en amores...
Y un suspiro mandáis á vuestra hermosa.

Quién sabe si en la noche fugitiva
La servís de dosel del aire frío,
Y cuando el alba se levanta alliva
La derramais purísimo rocío.

Quién sabe si las flores tus vecinas,
Que se alzan en el prado candorosas,
Tus pláticas escuchan peregrinas
Y despues te contemplan envidiosas.

Mientras que tú con lánguida terneza
Buscas la flor que alegre te convida,
Y ansiosa doblas tu gentil cabeza
Para dejar un beso en tu querida...

Mas, ah! no puedes, que tu luz no alcanza
A unirse con el cáliz de tu bella...
Y entónces ves perdida tu esperanza
Y viertes una lágrima sobre ella.

Y ella tambien ansiosa se levanta
Por elevarte sus moradas flores,
Mas ¡ay! por siempre quedará á tu planta,
Para darte sus lágrimas de amores.

¿De qué te sirve, oh Junco, contemplarla
Y en su cáliz mirar un amor tierno,
Si cuando luchas por un beso darla
Encuentras el martirio de un infierno?

¿De qué te sirve la pasion inquieta
Que bulle entre tus pétalos prendida,
Si apartado te ves de la violeta
Que miras á tus piés desfallecida?

Por eso tan tristísimo levantas
Tu verde tallo entre las bellas flores,
Y por eso reclinás á tus plantas
Tu frente marchitada de dolores;

Por eso creces tan desnudo y triste
Y en tu seno tan pálido y sombrío,
Cuando su traje la mañana viste
Derrama apénas su fugaz rocío.

Y á la par de tu lánguida violeta,
Lloras tal vez tan angustiada suerte,
Y en la desgracia que te agita inquieta
Prendes una esperanza... y es la muerte.

¡Morir!... mas vale la muerte
Con su pisada altanera,
Que vivir de esa manera...
Que amar y morir de amor;
Mas vale, flor maldecida,
Verte del tallo arrancada,
Que así caerás desgajada
Sobre tu querida flor.

Y no importa, si al mirarte
Sin vida... la suya exhala,
Si la muerte los iguala
Y van juntos á rodar.
Que allá entre el polvo que eleva
Revoltoso torbellino,
Enlazados, el camino
Podréis felices cruzar.

Y tal vez habrá otro mundo
Donde renazcan las flores
Con mas hermosos colores,
Con vistosa brillantez;
Y allí los dos, mas amantes
Renaceréis dulcemente,
Alzando entónces la frente
Sin páhda languidez.

Allí crecerá preciosa
Tu linda y pura violeta,
Mientras tu tallo sujeta
Su débil tallo gentil.
Y allí viviréis felices,
Los senos entrelazados,
Y os mecerá enamorados
Volando el aura sutil.

Allí servirá tu tallo
A tu violeta de escala,
Que desplegando su gala
Iráte leve á besar:
Y tú, Junco, entre tus hojas
Lleno de amor la encadenas,
Y para siempre sin penas
Veréis la vida volar.

Sufre mientras tanto... sufre
En amorosa agonía,
Que al fin lucirá otro día
Y otro porvenir con él;
Y entónces gozando, Junco,
Al lado de tu querida,
Verás volarse la vida
Del amor bajo el dosel.

Tambien yo sobre el mundo de amargura
Doblo mi frente al peso del amor,
Y un rayo débil de fugaz ventura
Reluce apénas con dudoso albor.

Tambien yo aliento la cansada vida
Envuelta entre la duda y el pesar,
Y apénas la esperanza bendecida
Viene sobre mis huellas á cruzar.

Tú vives, Junco, al lado de tu bella
Mandándola siquiera un sonreír;
Desgraciado de mí que lejos de ella
Sufro sin ver sus ojos de zafir.

Tú sabes que te adora tu querida,
Yo dudo delirando de mi amor;
Para vosotros es comun la vida,
Yo solo tengo mi tenaz dolor.

Tú, si doblegas tu amarilla frente,
Al seno de tu flor descenderás;
Mientras que yo diviso tristemente
Mi tumba á un paso y mi dolor detrás.

Tú en fin como tu cándida hechicera
Eres igual, pues que naciste flor...
Mi bella es ángel de la azul esfera
Y yo tambien un infeliz cantor...

Reclina, Junco, tu marchita frente,
La mia yo tambien reclinaré...
Tal vez con otro día y otro ambiente
Sus placeres amor al fin nos dé.

Aun cuando Lillo no hubiera publicado ninguna otra poesía que la precedente, esa sola bastaria para hacerle dar el hermoso título de poeta. Si esa composición se examina detenidamente, ¡cuántas bellezas no se descubren en cada estrofa, en cada verso! bellezas que hacen olvidar los ligeros defectos que en ella se encuentran.

Sus cuartetos titulados *DESEOS* abundan en pensamientos delicados. Si Lillo ha leído la canción de *Ribouté*, *LES SOCHAITS*, esos cuartetos pueden pasar por una feliz imitación. Si jamás la ha leído, entónces tiene el mérito de haber hecho una poesía tan fina y delicada como aquella de *Ribouté*, que es una de las mas populares en Francia: (1)

Si fuera yo la brisa pasajera,
Aliento perfumado de las flores,
Enredado en tu suelta cabellera
Murmurara en tu oído mis amores.

Quisiera ser alguna flor nacida
Entre las flores del jardín ameno,
Verme por tí del tallo desprendida
Y marchitarme sobre tu albo seno.

Si fuera un astro de la noche umbria,
De blanca luz, de límpidos destellos,
Amoroso mi luz reflejaría
En ese blanco de tus ojos bellos.

Si fuera un pensamiento audaz, profundo,
Que conmoviera al orbe en un instante,
Desdeñaria de ocupar al mundo,
Por ocupar tu corazón amante.

Quisiera ser un verso delicado
De melodiosa y fácil armonía,

(1) Copiarémos algunas estrofas de la canción francesa:

Que ne suis-je la fougère
Où, sur le soir d'un beau jour,
Se repose une bergère
Sous la garde de l'Amour!
Que ne suis-je le zéphire
Qui rafraichit ses appas,
L'air que sa bouche respire,
La fleur qui naît sous ses pas!

Que ne suis-je l'onde pure
Qui la reçoit dans son sein!
Que ne suis-je la parure
Qui la couvre après le bain!
Que ne suis-je cette glace
Où son portrait répété
Offre à nos yeux une grâce
Qui sourit à la beauté!

Que ne puis-je par un songe
Tenir son cœur enchanté!
Que ne puis-je du mensonge
Passer à la vérité!
Les dieux qui m'ont donné l'être
M'ont fait trop ambitieux,
Car enfin je voudrais être
Tout ce qui plaît à ses yeux.

Tambien el poeta portugués Juan Aboim, ha compuesto una poesía con el mismo título y con el mismo giro. Tenemos datos para creer que la de Lillo es fruto de su propia inspiración.

Sentirme en tu memoria conservado
Y pasar por tus labios, alma mia.

Quisiera ser la fuente cristalina
Para halagarte con murmullo leve,
Reflejar tu hermosura peregrina
Y besar con amor tu planta breve.

Si ave fuera de mágicos encantos,
Siempre girando amante en tu presencia,
Te ofreceria en armoniosos cantos
Mi libertad, mi amor y mi existencia.

Si fuera un Dios, dichoso te entregara
Mi poder, mi existencia y mi albedrío,
Y la morada celestial trocara
Por un instante de tu amor, bien mio.

Mas ¡ay de mí! que en mi amoroso empeño!
Cuando ardoroso el corazón delira,
Solo puedo ofrecerte, dulce dueño,
Mi eterno amor y mi modesta lira!

Todo en esta pieza es bello. La canción francesa misma no tiene una estrofa comparable á la cuarteta de Lillo que empieza:

Quisiera ser un verso delicado.

Es lástima que esta delicadísima composición esté manchada con la penúltima estrofa. Un inglés condenaría al poeta y á su poesía por ese solo cuarteto. Dios es lo mas grande, lo mas santo, lo mas venerable, que el hombre, que el ángel mismo pueden concebir; y así, juntar ese nombre santo, grande, inmenso, á nuestros amores de un día, es la mas terrible profanación, — es una cosa á la cual se puede aplicar, á falta de otro término mas expresivo, el expresivo adjetivo *shocking*, que con tanta energía saben emplear los ingleses en tales casos. ¡Ojalá que el dulce poeta chileno quisiera rayar de su bella poesía esa malhadada estrofa! Michelet dice en su interesante obra sobre *Jeanne d'Arc*, que es curioso no encontrar el nombre de Dios ni una sola vez en las obras de Shakspeare; esto no es cierto, y pudiéramos contradecir esa aserción citando mas de una página de sus piezas dramáticas, por ejemplo, en la parte III de *Enrique VI*; lo que hay de cierto es que el célebre trágico inglés jamás pronunció sin veneración ese nombre adorable, ni lo asoció sino á pensamientos buenos, grandes y elevados. Imitemos, pues, á Shakspeare, y en general á la escuela inglesa. Imitemos á Newton, que jamás pronunciaba el nombre de Dios sin descubrirse.

Lillo es el autor de la nueva canción patriótica de Chile, superior á la antigua por la dulzura de los versos y la belleza de los pensamientos en ella expresados. El poeta celebra las hazañas de los próceres de la independencia chilena y enumera las bellezas de la hermosa tierra americana, sin acumular epítetos violentos, ni lanzar terribles maldiciones contra los enemigos vencidos.

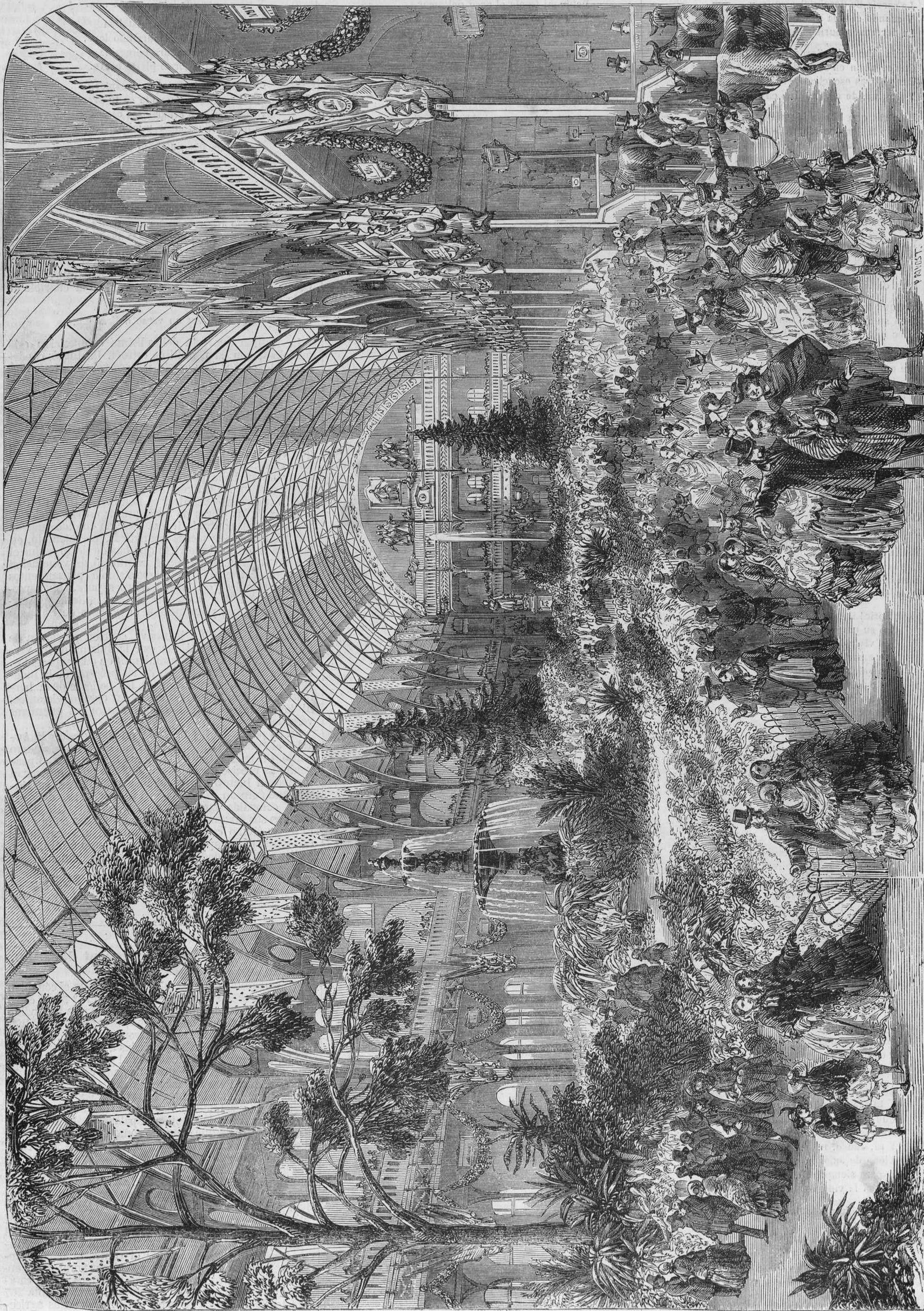
En su poesía á « Las flores » y en su fantasía « El Ángel y el Poeta » Lillo brilla por sus dotes de verdadero bardo. Un talento tan bello ofrece mucho para el porvenir. Es preciso que el poeta chileno no deje pasar el tiempo en blanco y que sea mas galante con las Musas, que golpean con empeño á su puerta: se debe ser muy comedido con estas bellas, porque no á todos brindan sus favores, ni en todas las épocas de la vida. El fuego divino con que ellas animan el alma de sus escogidos, puede apagarse de un momento á otro, si no se tiene gran cuidado en avivarlo constantemente.

J. M. TORRES CAICEDO.

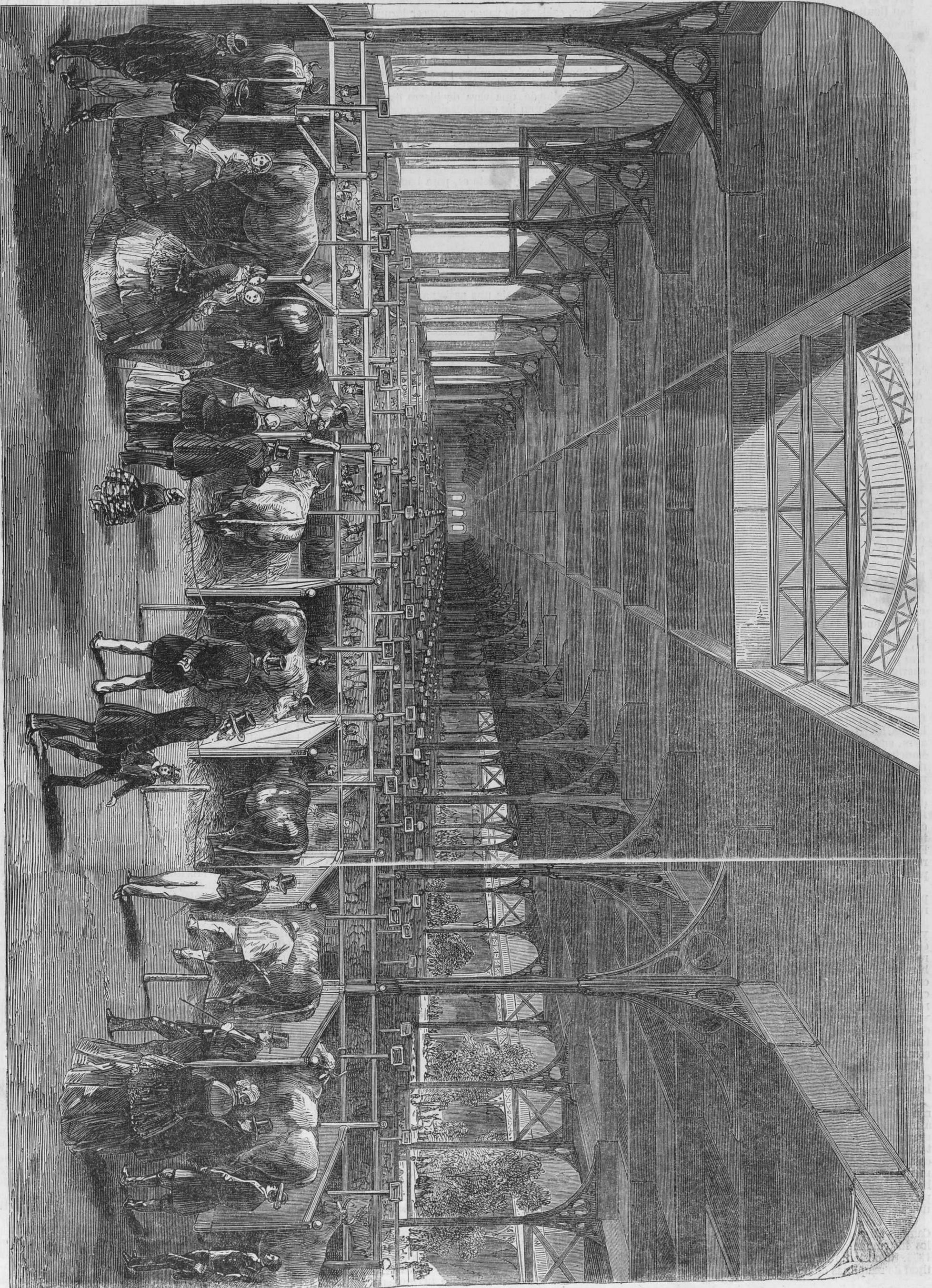
Paris, Mayo 1° 1856.

Exposicion agrícola Universal de 1856.

Hemos anunciado a nuestros lectores que el concurso agrícola de 1856 abierto en Paris desde el 1° hasta el 10 de junio, era lo mas perfecto y completo que ha podido reunirse hasta el día en animales, máquinas y productos. Los extranjeros se apresuraron á responder al llamamiento de la Francia, y gracias á este esfuerzo laudable, hemos podido estudiar en el palacio de la Industria muchas razas que hasta hoy nos eran totalmente desconocidas. Para realzar mas todavía el brillo de esta Exposición, la horticultura ha venido en auxilio á la agricultura y así hemos visto convertido en un precioso jardín el gran salon bajo del palacio de la Industria. Ese vasto espacio que contiene como 10,000 metros cuadrados estaba cubierto de flores y de árboles. Una calle de 3 metros de ancha reinaba al rededor del salon cuyas galerías laterales estaban exclusivamente destinadas al ganado vacuno, y facilitaba la circulación por todas partes. Otras calles de 3 metros de anchura serpenteaban por entre los canastillos de flores ó los apartados de árboles indígenas ó exóticos que fueron llevados allí por los horticultores mas afamados de la Francia y del extranjero. Todos aquellos árboles de un aspecto distinto, formaban por su variedad el contraste mas pintoresco. Para dar una idea de las riquezas florales que encerraba el palacio de la Industria, dirémos que el catálogo contenia 3,412 números y que además habia 267 objetos destinados á las artes y á las industrias agrícola-



Concurso agrícola universal de 1856. — Exposición de la Sociedad de horticultura en el salon del palacio de la Industria.



Exposicion del ganado vacuno en las galerías laterales del palacio de la Industria.

las. Allí hemos encontrado los nombres que mas honran á la horticultura francesa. Si es de sentir que M. Van Houtte de Gante, que es seguramente uno de los primeros horticultores de Europa, no haya enviado sus tesoros á este concurso universal, no por eso la Bélgica se hallaba ausente, y hasta podríamos decir que de todos los países extranjeros, era el único que se hallaba dignamente representado en la Exposición de los Campos-Eliseos.

Pero no se crea sin embargo, que las flores constituían exclusivamente el mérito de esta Exposición, pues se habría dicho que como la agricultura, quiso también la horticultura mostrarse muy seria y muy práctica. En efecto, si la vista admiraba con gusto aquellos canastillos improvisados llenos de flores brillantes, el concurso ofrecía igualmente un número crecido y muy variado de árboles nuevos que además de servir de adorno en los jardines tienen un carácter real de utilidad como árboles forestales. Queremos hablar de los árboles verdes, de los miembros de la dilatada familia de los coníferos.

En esta serie hallamos con M. Remont, M. Croux, de la Saulsaie, cerca de Villejuif, que ha sido uno de los primeros en reproducir con estaca el *taxodium sempervirens* para hacer de él un árbol forestal. Sin embargo, en vano buscamos en esa gran familia tan bien representada el pino negro ó pino de Austria (*pinus nigritans Austriaca*), árbol que se aclimata hoy en Francia.

La parte occidental del jardín adornada con una estatua de la emperatriz Josefina, debida al cincel de Vital-Dubray, se hallaba reservada especialmente á las legumbres y hortalizas; veíanse allí los productos, verdaderamente extraordinarios de la huerta imperial de Versailles confiada á la inteligente dirección de M. Hardy y de los de la Sociedad también muy notables.

Elegantes fuentes rodeadas de flores y que de lejos parecen inmensos canastillos, completan el adorno de este jardín en el que se ven igualmente dos pilones con peces nacidos por la fecundación artificial en los aparatos del Colegio de Francia, conteniendo también truchas nacidas en el río improvisado del bosque de Boulogne y los productos obtenidos por M. Millet, uno de los hombres que mas trabajan en propagar esa ciencia nueva todavía que se llama la piscicultura.

Al rededor de este jardín en los costados del palacio hay compartimientos destinados al ganado vacuno; cada uno de ellos tiene un pesebre con claraboya por delante. El suelo está embetunado en declive, y termina en una canaliza que desemboca en albañales subterráneos. No obstante, el número de las cabezas de ganado traídas al concurso fué tan grande que hubo que construir anejos supletorios fuera del palacio. En uno de ellos estaban los west-highlands, el ganado irlandés, principalmente la raza menuda del condado de Wicklow, habiendo también animales franceses y holandeses que no hallaron sitio dentro del palacio. En otro anejo estaban los animales de la raza pura de Hungría con sus cuernos abiertos de cerca de un metro de largos y que seguramente se veían en Francia por primera vez.

En el palacio completamente lleno había tipos de casi todas las razas europeas; á un lado las razas puras francesas, al otro las razas puras extranjeras, primero las de Inglaterra representadas por sus durhams, sus aysrs, sus Hereford, sus Devon, su raza menuda de la Mancha (Alderney) y en fin, sus magníficos animales negros sin cuernos. El Austria presentó las diferentes razas diseminadas en la extensión de su vasto territorio, la Suiza, sus dos razas principales, la de Berna ó del Simmenthal y la de Schwitz; la Holanda su magnífico ganado negro y blanco; la Sajonia su pequeña y curiosa raza del Voigtland, y por último, el Schleswig tenía muestras de su pequeña raza llamada de Angeln. En una de las extremidades del palacio se hallaban las razas cruzadas. — En otros anejos especiales detrás del palacio estaban el ganado lanar y los puercos.

En el próximo número consagraremos un artículo especial al examen de estas muestras curiosas de las diferentes razas europeas.

Todos los animales vinieron á Paris con sus guardas, y no era una de las cosas menos curiosas de la Exposición el traje pintoresco de aquellos aldeanos suizos, tiroleños y húngaros. Estos últimos llevan pantalones blancos sumamente anchos, y el talle ajustado en una especie de corpiño ó de spencer de paño negro, y en la cabeza una especie de gorro adornado con flores de lana. Los de Galicia (Austria) y los de Transilvania, llevan grandes capas blancas ó encarnadas, una especie de *bunda* nacional, adornada con dibujos de lana de colores vivos, y los sajones se daban á conocer por sus sombreros verdes.

En otro lado en fin, estaba la volatería y aquel roncillo rodeado de arbustos y de flores no era por cierto la parte menos visitada de la Exposición.

Las galerías superiores de la Exposición se consagraron á los productos agrícolas, la mayor parte franceses, á los instrumentos y máquinas que no necesitan un gran espacio para funcionar. Allí había muchos aparatos de desagüe y muchos productos de la química agrícola. Casi todos los objetos expuestos llamaban justamente la atención del público. Detrás del palacio se hallaban las grandes máquinas, las máquinas para limpiar el grano, las locomovibles, etc. La Inglaterra tenía una tienda separada para su exposición.

Como era de esperar hemos hallado en 1856 en los Campos-Eliseos una gran parte de las máquinas y de los instrumentos aratorios que figuraron también en 1855. No obstante había mucho de este año; entre multitud de máquinas de nueva invención se ven molinos

para trillar el grano, máquinas para segar, arados rodantes, cilindros, máquinas para fabricar tubos de estaño, calderas de vapor para cocer legumbres, etc., etc.

Vamos á concluir diciendo dos palabras sobre un instrumento de la exposición inglesa llamado por su autor M. Williams, de Baydon, condado de Wilt, *general lever cultivator*. Es un arado con tres rejas que pueden funcionar juntas ó separadas, pues cada una de ellas se encuentra independiente de las otras, se alza ó se baja por medio de una vara de hierro que se sostiene con una clavija en los agujeros de un cuadrante, y de este modo se arregla como se quiere la operación de la labranza. Todas las piezas son de hierro y se encajan en un bastidor de madera que tiene la forma de un paralelogramo y descansa sobre dos ruedas anteriores y una tercera rueda mas pequeña que va detrás. Para labrar con las tres rejas, esto es, para hacer tres surcos á un tiempo, se necesitan cinco caballos. El precio de esta nueva máquina es de 30 libras esterlinas.

P. A. DE N.

Exposición Universal de la Industria.

(Conclusion.)

Además, no basta una pasión artística repentina para alcanzar resultados favorables en las obras de arte, sino que se necesitan estudios preliminares, un gusto ejercitado y veinte condiciones mas ó menos importantes, cuya reunión es poco comun. No hay obra que merezca el nombre de obra de arte, si no manifiesta alguna cosa, si no representa una idea con la cual se relacionen todos los detalles hasta los mas secundarios. No por multiplicar copias de la escultura se llega al arte, si no se sabe penetrar en el dominio del sentimiento fuerte de las inspiraciones. ¿Porqué, pues, se quiere salir á toda costa, del género ordinario? ¿Porqué verbigracia, se quieren substituir objetos de escultura á objetos de ebanistería? Es mal hecho separarse de lo que se hace ordinariamente, pues es renunciar á lo que se hace mejor; se puede y se debe tratar de mejorar los productos, pero sin alterar por eso su naturaleza propia.

La tendencia que señalamos y que tan claramente se manifestó en el palacio de la Industria el año último, se declaró hace algunos años. El jurado de la Exposición nacional de 1849 quiso advertir á la fabricación francesa el peligro que había en los excesos de sus mismas calidades, y quiso mantenerla en el terreno de esa ebanistería propia para satisfacer nuestras necesidades. Una circunstancia nos tranquiliza sin embargo; quiero hablar de la extraordinaria perfección á que ha llegado el trabajo del ebanista en los muebles del día. Había obras que podían pecar por la abundancia de los motivos, otras por la pesadez de su arquitectura, pero en todas el trabajo de ebanistería propiamente dicho se hallaba ejecutado con una precisión y una delicadeza que manifestaban brillantemente la habilidad de los obreros de Paris.

Nada es pues, mas fácil que volver al camino abandonado, y nada tampoco mas indispensable, pues el público en cuanto haya tiempo de reconocer que es á la vez imposible utilizar esos muebles magníficos y pegarlos, quizás reprobará con energía tales excentricidades. — Notemos cuales son en el círculo de la ebanistería propiamente dicha, las obras que los inteligentes preferían; su atención se fijaba en los muebles á un tiempo ricos y sencillos. No se trata seguramente de suprimir todo adorno en los muebles, pero sí sería de desear que aun en los mas opulentos se pusieran solo aquellos que exigen su carácter.

Gracias á Dios se veían también en las galerías muchos modelos en los que la sobriedad del dibujo, la elegancia de las formas y la pureza del estilo se unían con la buena ejecución del trabajo. Por sus triunfos obtenidos en las exposiciones anteriores debemos citar en primera línea á MM. Grohe hermanos y á M. Fourdinois. El príncipe Alberto compró entre los objetos expuestos por MM. Grohe un mueble de ébano, estilo del Renacimiento, cuya arquitectura y adornos eran perfectos. Después de haber obtenido las mas altas recompensas que puedan excitar la ambición de los industriales, esos fabricantes han tenido el mérito de no dejarse arrastrar en el torbellino de la ornamentación exagerada. Los muebles ricos que forman su género ordinario, son fabricados en sus talleres con el conocimiento de ese arte respetable que sabe penetrarse del destino particular de los productos.

M. Fourdinois que presentó en la Exposición de Londres un magnífico aparador muy admirado, expuso en Paris varias obras de un dibujo correcto y en las cuales los adornos se hallaban distribuidos prudentemente. Al lado de una chimenea monumental que por el carácter de su composición atestiguaba tanto ingenio como facilidad, contemplamos con gusto una biblioteca de madera negra adornada de esmaltes, de un trabajo precioso.

Había otros muchos fabricantes cuyos nombres y obras podríamos citar aquí, como verbigracia; M. Chaix por un aparador de nogal, estilo del Renacimiento, comprado por el Emperador, y cuyo conjunto es de los mas satisfactorios; M. Meynard hijo, por una biblioteca de nogal comprada también por el Emperador; la Asociación de los obreros ebanistas de la calle de Charonne, por una biblioteca de palisandro perteneciente á S. M. la Emperatriz. Esta última pieza se recomienda por la prodigiosa habilidad con que los obreros han sabido vencer las dificultades que quisieron acumular en ella. Además debemos mencionar las hermosas esculturas de

una chimenea de madera de encina de M. Roudillon; una biblioteca de M. Petit, otra de M. Kneib, varios muebles de M. Osmont, etc., etc.

Con esta falange de las obras de la ebanistería parisiense, figuraba una biblioteca esculpida de M. Beaufils de Burdeos, cuya reproducción por el grabado se encontrará en el número 134 del Correo. Entonces hicimos la apreciación de esta hermosa obra. — M. Beaufils, de simple obrero se ha elevado á la categoría de jefe de la fábrica principal de muebles en los departamentos, y tiene extensas relaciones con los países de Ultramar. En sus *Cartas sobre la Exposición de Londres*, M. Blanqui felicitaba á M. Beaufils porque él solo representaba la ebanistería corriente, la que procede por la cantidad y la extensión de las salidas. Esto era justo; M. Beaufils nos ofreció sin duda en 1855 algunas muestras de este último género, pero si hubieran sido mas numerosas habríamos podido juzgar mejor del carácter de su especialidad.

Nuestras observaciones no tienen por objeto rechazar la ebanistería de arte, aun en sus fantasías caprichosas; únicamente pedimos que no salga fuera de sus límites. ¿No hemos hecho justicia aquí mismo desde el principio de nuestros estudios á los muebles de lujo colocados en la nave? ¿No hemos elogiado á MM. Jeanselme por sus sillones y por un armero de un ornato severo y artísticamente concebido? ¿No hemos señalado las composiciones de M. Tahan? Este último fabricante ha podido producir imitaciones en las cuales se abusa del ornato rústico y de la escultura; pero no por eso el género á que se dedica es ménos gracioso y elegante. Pero hé aquí una nueva ocasión de explicarnos sobre las obras de arte en ebanistería, con motivo de la hermosa exposición de M. Barbedienne. En 1851, este fabricante obtuvo en Londres dos grandes medallas, una por sus broncees de que hemos hablado ya, y la otra por su mueble de madera de ébano concebido y ejecutado con ese estilo puro que distingue tanto sus obras.

En la Exposición de 1855, M. Barbedienne presentó un aparador de nogal con adornos esculpidos, bajos-relieves y figuras de bronce, cuya parte arquitectónica pertenece á M. Monguin. Como cuadro histórico se ha elegido la época del Renacimiento italiano. Así los bajos-relieves, los *Cantores* de Luca della Robbia, que están en Florencia, las figuras el *Día* y la *Noche* de los sepulcros de los Médicis, por Miguel-Angel, y los *Dos Esclavos* del Museo del Louvre, del mismo autor, son las piezas mas preciosas de este mueble, que están incrustadas en él con el mismo cuidado y esmero que si fueran camafeos de un valor muy alto.

Después de haber elogiado el trabajo de arte, no podemos pasar en silencio las alabanzas que merece el trabajo manual. Los obreros ebanistas han hecho aquí maravillas; se ve que han sabido asociarse al pensamiento general de la obra.

Las obras de M. Barbedienne son piezas de estudio que componen un género á parte, pero un género susceptible de extenderse á piezas de ménos valor que las enviadas á las Exposiciones Universales de Londres y Paris. En los broncees, M. Barbedienne reproduce, aun en los objetos mas sencillos y usuales, ese estilo nervioso y sobrio cuyo ejemplo nos ha legado la antigüedad. En su modo de trabajar la madera se descubre la misma intención, el mismo sentimiento del arte.

La categoría de los muebles de arte en la Exposición, comprendía entre otros objetos un tocador de M. J. Fossey, ejecutado con la mayor finura y adornado con delicadas pinturas sobre porcelana.

Cuando se habla del arte aplicado á la industria no se puede ménos de recordar el nombre de M. Lienard, pues todas las industrias que necesitan recurrir al concurso del dibujante deben grandes servicios á este artista. M. Lienard ha suministrado muchos y muy notables modelos á los fabricantes de muebles, á los plateros, fundidores, armeros, etc. Es un deber para nosotros el señalar aquí el talento con que sabe mantener á cada época su carácter esencial. Y sin embargo, su nombre no figuraba en el palacio de la Industria, mas que por un bonito dibujo, en el salon de los dibujos industriales. Es de sentir que no haya presentado otra cosa, pero en cambio, ¿cuántas obras había en que su gusto particular ha servido de punto de apoyo al trabajo del fabricante!

Aquí terminamos hoy esta larga serie de artículos consagrados al gran concurso industrial de todas las naciones en 1855; sin duda hemos omitido muchos nombres, hemos pasado en silencio muchas obras, hemos abreviado las descripciones y los detalles en las que citábamos, pero á pesar de todo se ha prolongado este trabajo acaso algo mas de lo que era debido en un periódico semanal. Sirvanos de disculpa nuestro deseo de presentar un cuadro completo de esa Exposición Universal que formará época en los anales de la industria, y concluyamos dando gracias al lector que ha tenido la benevolencia de seguirnos en este complicado estudio.

A. A.

LA MINA DE ORO,

6

DON GUTIERRE FERNANDEZ DE TOLEDO.

POR EL CONDE DE FABRAQUER.

(Conclusion.)

— Quiero la mitad del poder que hoy teneis en la

monarquía castellana, y que os va á afirmar este gran proyecto.

— ¿Luego conoces lo que contienen esos pergaminos?

— Sé que son inmensos y que bien pueden ocupar dos hombres. Sé que somos cómplices en el robo y en la muerte. En una palabra, el tiempo es precioso y será lacónico. Quiero que Castilla toda sepa dentro de algunos días, que Samuel y Olmedo han descubierto esas riquezas que la han de hacer poderosa y aumentar las fuerzas de su rey, haciendo cesar la miseria y las calamidades que afligen el país.

— ¡Estás insensato!

— No señor... soy poseedor de un precioso manuscrito, y no os lo venderé por oro... ¡oro! he gastado veinte veces mas en mi vida que lo que podríais darme... he saboreado y me he hastiado de cuanto puede procurar el oro, amores, orgías, embriaguez, de todo me he fatigado. No conozco las emociones que procura el poder, siento hervir en mi pecho la ambición. Puedo satisfacerla con estos pergaminos, que he robado á riesgo de mi vida, sin miedo y sin auxilio de nadie. Samuel, vengo generosamente á ofrecerlos partírolos con vos... empero por todo este palacio lleno de oro no lo venderé.

Asombrado quedó el judío. Apenas podía volver en sí.

— ¡Qué!... dijo con aire desdenoso, ¿crees tú, Olmedo, que yo consentiré asociar tu nombre al mio? ¿Ovidas que tú eres un asesino... de profesion?

— Sois mas hábil que yo... respondió friamente Olmedo. Os haceis llamar ministro, tesorero y médico del rey...

— ¿Te atreverías á compararte conmigo?

— Me atrevería á decirlos que hay poca distancia entre el que mata y el que hace morir... y los dos por diferentes medios hemos destruido los enemigos del rey... solo que vos sois mas cobarde y riesgais ménos, con que así decidme si queréis paz ó guerra.

Samuel, despues de un corto momento de reflexion contestó:

— Guerra.

— Hacedis mal, respondió friamente Olmedo, no teneis tiempo de hacerla.

— Puedo vencer sin combatir, soy aquí omnipotente durante la ausencia del rey.

— Vencer... sería vencido si me hubieseis cogido estos pergaminos... y para tenerlos he matado á un hombre.

— ¿Y si yo te hiciese matar á tí á mi vez?

— ¿Para hacerme matar, de qué me acusaríais?

— De haberme desobedecido.

— Eso no merece la muerte.

— Pero sí la prision.

— ¿Me haríais encerrar?

— Por de pronto en un calabozo.

— ¿Y despues?

— En un ataúd.

— Allí no se ponen mas que los muertos y yo soy invulnerable.

— ¿Te estás burlando?...

— No me burlo, ministro del rey don Pedro... Pierdo ya la paciencia y os desafío yo...

— Tú me desafías... y echando al mismo tiempo mano á un pito de oro, que llevaba pendiente del cuello, lo aplicó á su boca y dió un fuerte silbido.

Arrojándose delante de él Olmedo, le dijo:

— Deteneos... ¡os perdeis, Samuel Levi! partamos; aun es tiempo.

— Lo quiero todo.

— Pues no tendríais nada.

— Ya estás temblando, dijo Samuel al ver abrirse la puerta del salon, y presentarse el capitán de los ballesteros del rey, á quien habia llamado con su pito de oro.

— ¿Quién llama? dijo el capitán.

— Yo, Samuel Levi.

— Y yo, Alonso Fernandez de Olmedo, á nombre de su Alteza el poderoso rey don Pedro I de Castilla, que me ha encargado os entregue este decreto, os mando, capitán, que prendais y mandeis á las galeras del rey, á Samuel Levi, su ministro y tesorero, declarado traidor, malversador de las rentas reales y acaparador de los bienes del pueblo.

— Es falso.

— Ved, capitán, ved... contestó con calma y afectada dignidad Olmedo, mirado bien, examinado, capitán, pues conocéis la rúbrica y sello real... Esta es la coraza que me hacia invulnerable, continuó despues dirigiéndose á Samuel Levi, que se hallaba confundido, aterrado, sin saber lo que por él pasaba.

El golpe que tanto tiempo ántes temia acababa de descargar súbitamente sobre él. El rayo que habia derribado el edificio de su poder, levantado á costa de tantos crímenes, y de haber arrostrado la execración de los pueblos, acababa de recibirlo de mano de uno de sus confidentes, de sus satélites. Este habia aprovechado la momentánea separacion del rey y del ministro para presentar á don Pedro algunas pruebas de los robos de Samuel Levi, y un estado de las riquezas que lentamente iba ocultando para sustraerlas un día á la justicia del rey.

— Yo he dado al rey las pruebas de vuestros robos, continuó diciendo Olmedo á Samuel, de vuestros robos, cuyo empleo pudierais haber justificado con los trabajos de este manuscrito... y don Pedro hubiera revocado su decreto cuya ejecucion hubiese yo retardado... pero ahora...

— Aun no he marchado...

Olmedo, dirigiéndose al capitán que habia hecho lla-

mar á sus ballesteros, le mandó que cumplierse inmediatamente las órdenes del rey.

— Aguardad, dijo Samuel Levi tomando unos papeles de encima de su mesa, tengo aquí revelaciones importantes que debo entregar á su alteza.

El capitán se acercó á Levi para tomarlos de sus manos, pero este le dijo:

— Es preciso que yo vea al rey.

— ¡Imposible! contestó el capitán.

— Pero de estas revelaciones depende la salud del rey... es una conjuracion, es una revolucion que estalla tal vez en estos momentos en Asturias... conduciéndome á la presencia del rey, lo habréis salvado, capitán.

— No conozco mas que mi deber, contestó impasible este.

— Pero dentro de algunos días estará perdido tal vez.

— Si el rey lo manda, pelearémos entónces hasta morir en defensa suya... y dirigiéndose despues á los ballesteros les dijo: llevaos al ministro.

— Deteneos, dejadme solo un momento para escribir al rey.

— Sabeis bien que no puedo permitirlo... marchad, y si queréis yo haré llegar á manos del rey esos papeles que decís revelan una traicion.

— Estos papeles los abraza, dijo furioso Samuel Levi arrojándolos á la inmensa chimenea del salon en que ardia un roble entero. Ahora, dijo despues, venga la guerra civil, venga el príncipe Enrique... y arroje del trono al que así me arroja de mi patria y tal vez me envia á la muerte... y tú, Olmedo, contempla con anticipacion tu cadalso, que nacerá de las cenizas de esos papeles que he quemado... porque si Enrique de Trastámara triunfa, descubrirá sin duda que hace quince años tú has asesinado á su madre.

— Tanto creo en la vuelta de Enrique como en el fin del mundo.

— Y yo, yo la predigo.

— Y yo no creo en las profecias. Se acabaron ya los profetas en vuestra maldita raza.

— Acuérdate, sin embargo, que al marcharme te pronostico tu desgracia.

— Yo soy ménos rencoroso, contestó con tono burlon Olmedo, y os deseo un feliz viaje.

Comenzaba ya á impacientarse el capitán. Advirtiéndole Samuel Levi, y lanzando una mirada de desprecio á Olmedo, lo siguió con sus ballesteros.

XI.

Aprestábase á salir del palacio Olmedo al encuentro del rey, cuando llegóse á él precipitadamente Fortuño y le dijo:

— ¿No sabes lo que pasa?

— ¿El qué?

— Que llevan al ministro Samuel á galeras.

— Yo soy quien le envia.

— ¿Tú?

— Sí.

No pudo Fortuño contener un gesto de indignacion.

Continuó Olmedo diciendo:

— Me he visto obligado á ello... le he ofrecido desde luego generosamente la mitad de la presa, pero la queria toda entera, y para destruir mis justas pretensiones, queria hacerme asesinar... ¡pobre hombre! no ha comprendido que para ocultar el fraude y afirmarse en el poder vacilante que tenia, necesitaba á su lado un hombre hábil y seguro que compartiese con él sus ventajas y peligros.

— Tú ves mas claro que él, Olmedo.

— Soy mas hábil tambien.

— Y sobre todo mas prudente... tú que comprendes tan bien que para ocultar el fraude y afirmar el poder se necesitan dos hombres hábiles y seguros... ¿sabes que has nacido con feliz estrella?

— ¿Yo?

— Sí. Sabes tú que en el instante mismo en que el destino te arrebató Samuel Levi, que debia ayudarte, te envia un hombre seguro y decidido que lo sabe todo, y que jura prestarte su apoyo y partir como buen hermano contigo todas las ganancias y todos los riesgos de la empresa.

Dió dos pasos hácia atrás Olmedo alejándose de Fortuño, conociendo que acababa de cometer una falta y hablado imprudentemente. Fortuño se quedó observándole con la mayor atencion, viendo que no respondia. Al fin, tomando una resolucion se acercó á él Olmedo, y con el tono mas amable posible le dijo:

— Te doy gracias, Fortuño.

— No hay de qué, contestó este agarrándole la mano.

— Ya ves tú, le dijo Olmedo con cierto embarazo, nuestra posicion no es igual.

— ¿Lo crees tú así?

— Estoy seguro y vas á verlo... no te incomodarás si te digo la verdad.

— Nunca... no te pares en nada.

— La compañía de Samuel Levi debia ser en todo honrosa para mí; porque Samuel, que de seguro no valia mas que cualquier otro, habia tenido siempre la destreza de ocultar sus faltas, mientras que tú... te has dejado muchas veces coger y te han juzgado y sentenciado muchas veces.

— No he tenido suerte.

— Tan poca, que todo el mundo sabe que has sido el huésped de casi todas las cárceles de Castilla; en casi todas sus paredes se encuentra tu nombre.

— Ya he pensado yo en eso, y estoy decidido á tomar otro.

— Sí, contestó embarazado al ver el cinismo de esta respuesta Olmedo. ¿Pero podré yo tener confianza en tí?

— Yo tendré mucha en tí... mira, Olmedo, yo no me ando por las ramas, me voy derecho al tronco; yo sé que tú y yo, aunque con armas distintas, hemos ejercido el mismo oficio. Y acá para entre los dos, tanto valemos el uno como el otro, porque el crimen no tiene mas que un escalon, y todos los que le suben se encuentran al mismo nivel, vístanse como se vístan y llámense como se quiera. Lo mas prudente es que nos tengamos la mano y nos ayudemos mutuamente.

Convencido ó forzado por las circunstancias, Olmedo alargó su mano á Fortuño; cogiósele este diciendo:

— Sea enhorabuena.

— ¿Qué nombre tomarás tú?

— Poco me importa cualquiera.

— ¿Serás mi súbdito, ó mi igual?

— Como tú quieras.

— Sin embargo, importa á tu ambicion.

— ¡Ambicion!... Dios me libre de ella.

— Pues entónces, ¿qué quieres?

— Mucho dinero.

— ¿Nada mas?

— Nada mas.

Olmedo le abrazó de pronto diciéndole:

— ¿Por qué no lo has dicho desde luego?... nos entenderémos perfectamente.

— Que me place.

— Desde este momento podemos jurarnos amistad á vida y muerte.

— Solamente que nunca beberémos juntos.

— Si, tú temes mi veneno, dijo asombrado Olmedo, y debo tambien temblar tu puñal.

— ¡Tú no! Olmedo, tú podrías mucho sin mí... pero yo que soy ignorante no podria nada sin tí... tú tienes el tesoro; yo no me serviré del puñal sino para defenderte.

— Justamente.

— Nosotros somos, ya lo ves, dueños de este libro poderoso, tan poderoso, que hace una hora ha hecho caer un ministro, condenar á un pobre hombre á galeras, y que dos hombres mas pobres que Job puedan disponer bien pronto de una inmensa fortuna.

— La suerte lo hace todo... ha hecho de un montañés el inventor, y hará de nosotros... los explotadores.

— Precisamente, los inventores, ya lo ves, no son buenos mas que para inventar.

— Y los explotadores son muy buenos para enriquecerse.

Oyóse á lo lejos el ruido de los atabales y trompetas que anunciaban la proximidad del rey don Pedro á la ciudad de Leon. Llegaban al vestibulo de palacio Olmedo y Fortuño cuando el capitán de guardias salia del cuarto donde este dos horas ántes habia hecho entrar á Alvaro.

Alvaro temblaba casi al oír la señal que anunciaba la llegada del rey, y al tocar al término de sus deseos, aunque sabia que un rey no es mas que un hombre, sentia una grande emocion en su corazon, temia que le abandonase la memoria, no tenia su manuscrito, no podia explicarlo leyendo, era preciso que se acordase, que refiriese todo. El rey de Castilla iba á oírle.

Ocupado estaba en todas estas ideas que acaloraban su imaginacion cuando se abrió la puerta de su cuarto y el capitán de los ballesteros le dijo:

— Seguidme.

— ¿Qué me queréis?

— Ejecutar las últimas órdenes del ministro Samuel Levi, y al mismo tiempo le entregó un pergamino.

Leyólo Alvaro, su rostro, un momento ántes lleno de esperanza y de alegría, se anubló, perdió el color, y el pergamino cayó de sus manos. Quedó como petrificado.

Era la orden condenándole á las galeras del rey y á la deportacion en Africa.

Al atravesar siguiendo al capitán de los ballesteros el pórtico del palacio, un rayo de esperanza reanimó el alma de Alvaro al divisar á Olmedo que atravesaba por el mismo vestibulo para ir á encontrar al rey.

— ¡Bendito sea Dios! exclamó... y despues levantando la voz y dirigiéndose á Olmedo dijo: Venid, venid á mi socorro, vos que tan bueno habeis sido para mí, vos que me habeis prometido presentarme al rey... vos...

Olmedo, con la mayor frialdad y sin volver apenas la cabeza, dijo al capitán de los ballesteros:

— ¡Que se ejecuten las órdenes del ministro! y salió del palacio acompañado de Fortuño.

El infeliz Alvaro anonadado, apenas pudo murmurar en voz baja:

— ¡Traicion! ¡traicion!

Apoderáronse de él dos ballesteros, lo condujeron á una prision, aguardando el momento de ser conducido á las galeras del rey.

Media hora despues hacia su entrada en el palacio de Leon el rey don Pedro, acompañado de su corte y de la hermosa doña María de Padilla, á quien habia consagrado su amor desde el momento en que la vió, y cuya pasion debia durar toda su vida, no obstante que se habia casado con doña Blanca de Borbon, princesa de Francia, en Valladolid, y á la que habia abandonado al día siguiente de sus bodas.

La noche misma de la llegada del rey á Leon, un mensajero jadeando y medio muerto de fatiga, llegaba de Asturias para anunciar que Enrique de Trastámara habia levantado pendones por él mismo, se proclamaba rey y encontraba numerosos partidarios entre los indomables habitantes de aquellas montañas, entre las que habia vivido oculto dos años preparando su alzamiento.

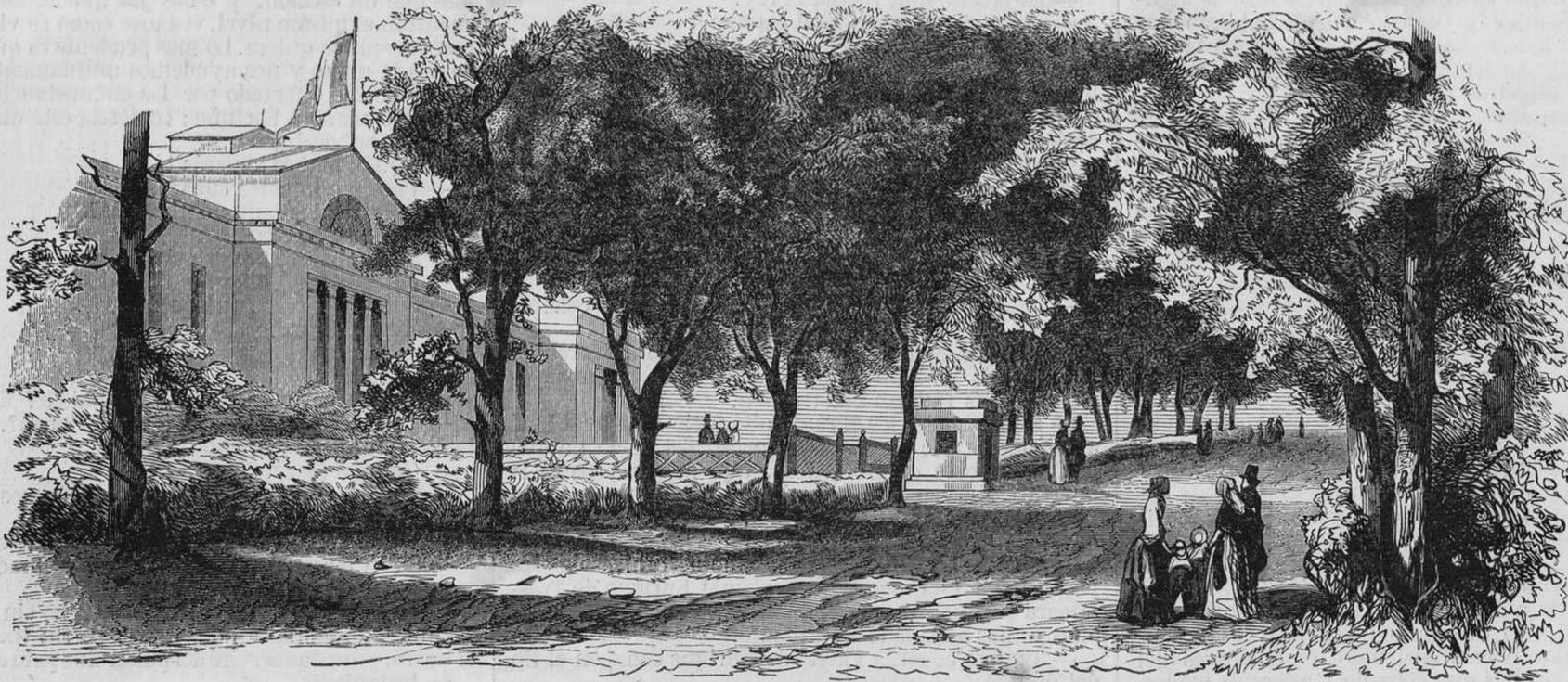
Los baños de mar.

LA ROCHELA, LAS ARENAS DE OLONA (FRANCIA).

El gran establecimiento de la Rochela es conocido hace muchos años por los bañistas franceses y extranje-

ros, y tiene fama por su magnífico jardín inglés con sus praderas de césped, su templete griego, sus cenadores chinoscos y sus juegos de todas clases; por su larga galería sobre la rada, por sus pabellones donde todas las tardes la música aumenta las delicias del paseo, y en fin

por sus espléndidos salones de reunion donde se dan grandes bailes y conciertos. — Pero á pesar de esta vecindad brillante existe, sin embargo, no léjos de la Rochela un pueblecillo vandeano que sin tanto ruido, sin cenadores turcos ni chinoscos tiene el privilegio de reci-



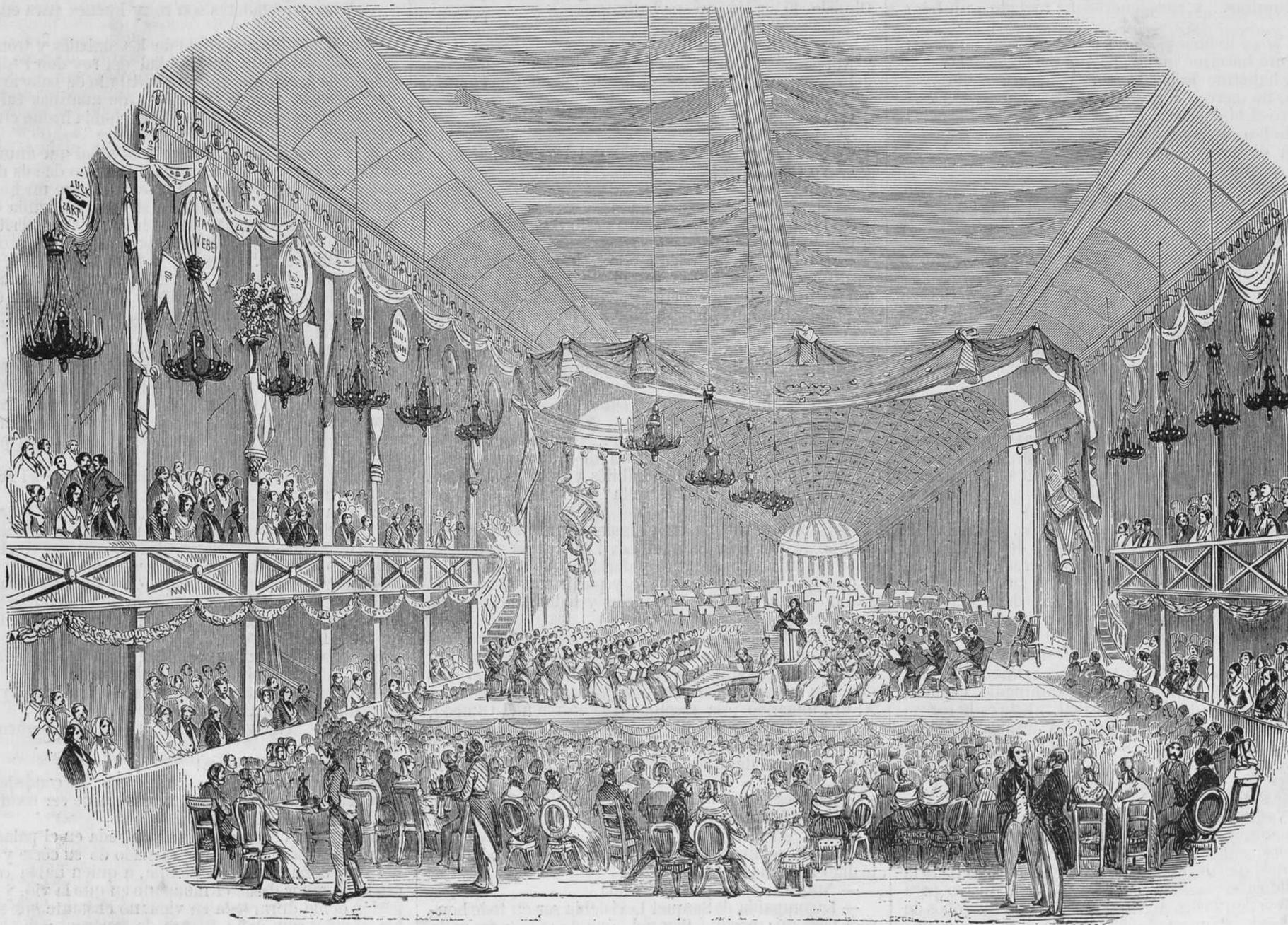
Baños de mar de la Rochela. — Entrada por la alameda.

bir todos los años una sociedad muy escogida.

Este pueblecillo marítimo edificado sobre dunas de arena cuya parte Sur se eleva á 7 metros sobre el nivel del mar, se llama las Arenas de Olona; se encuentra sobre las costas de la Vandé á 44 miriámetros de Paris

(pasando por Tours y Saumur); tiene 6,000 habitantes; se compone de tres ó cuatro calles largas casi paralelas entre sí y en la dirección de la costa y de muchas callejuelas transversales, y no posee otros monumentos que su campo-santo sobre las dunas y la iglesia de un estilo de

transición. El puerto tiene un bonito muelle y á su entrada está el faro de la Chaume establecido sobre una roca en medio de algunas casas ruinosas detrás de las cuales se prolonga el barrio de la Chaume de Olona formando un barrio separado del pueblo por el canal de



Baños de mar de la Rochela. — El concierto.

arribo. Pero la maravilla del lugar es una playa admirable de arena menuda y dorada que reina por la costa en tan largo espacio que baja de las dunas á la mar y permite á los quinientos ó seiscientos bañistas ordinarios que puedan bañarse á todas horas sin pensar en las mareas; los aficionados tienen en toda esa hermosa playa una porción de pabellones ambulantes.

En las Arenas de Olona no hay salones dorados ni etiqueta; allí se está como en casa y en el campo, se ha-

cen conocimientos con facilidad, pues las personas se ven todos los días en el paseo á las orillas del mar ó en la calzada del Remblai, y por la noche hay gran reunion en los salones del establecimiento.

Los paseantes van á pié, á caballo ó en coche á recorrer la costa hasta los treinta y seis molinos, ó van á contemplar el mar que rompe sus olas contra las rocas de la batería de S. Nicolás; tomando el camino de Vairé visitan igualmente la iglesia de la aldea de Olona, la an-

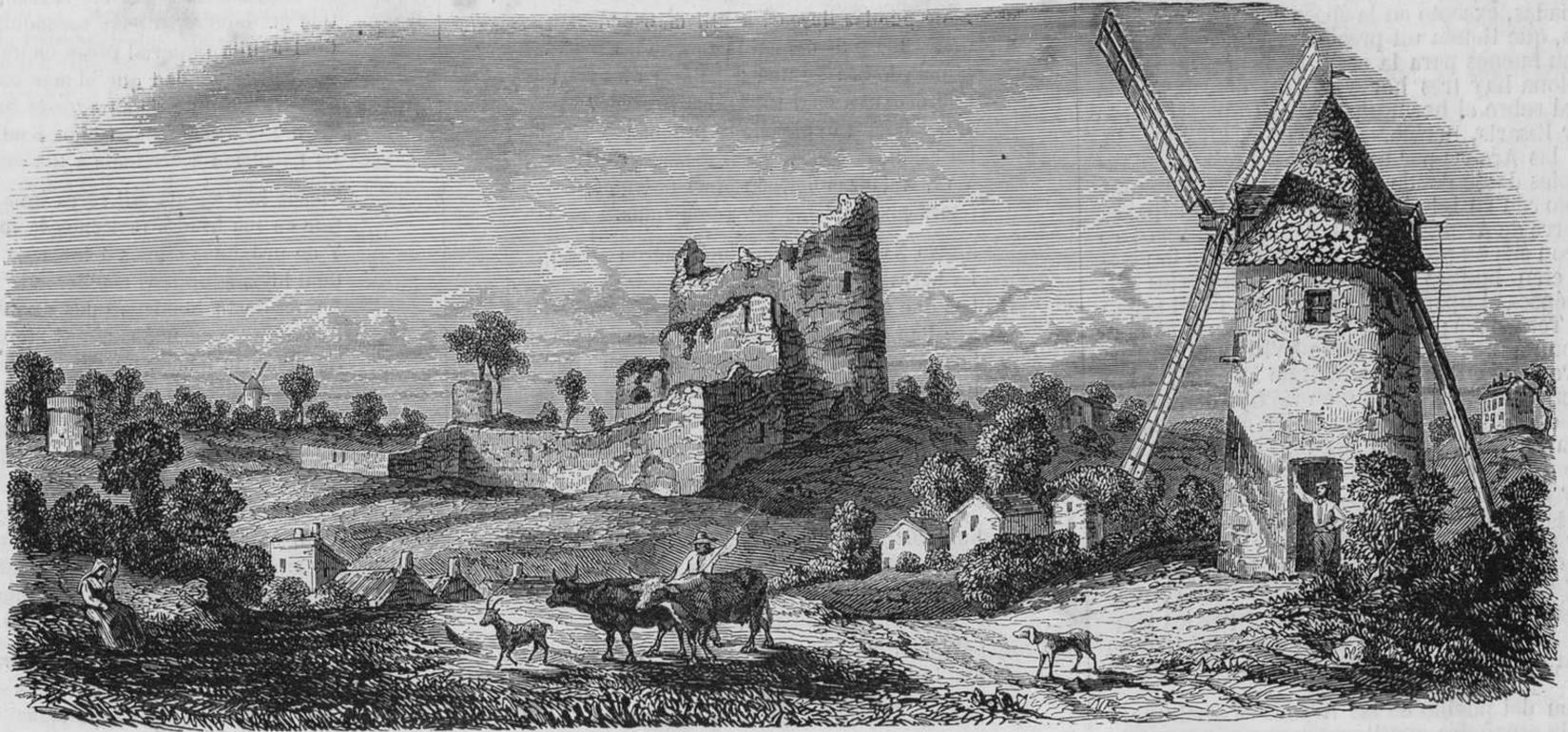
tigua capital de los arenales de Olona, la isla y el castillo del mismo nombre, y se aventuran hasta el peñon de Sion desde donde la mar salta furiosa, no léjos del puertecillo de San Gil, lugar en que comió el rey Luis XIII despues de la derrota de Rohan de Soubise, batido por el ejército real bajo las órdenes del príncipe de Condé, cerca de S. Hilario del Riez: por otro lado se dirigen á ver el pozo del Infierno y la iglesia de la antigua abadía de S. Juan, sitio muy pintoresco. Otras ve-

ces se organizan partidas á caballo para subir hasta las imponentes ruinas del castillo de Talmont, y dirigirse luego á la aldea de Avrillé (á cuatro ó cinco leguas de las Arenas) que es el país de los monumentos druídi-

cos; entre Avrillé y el Bernardo se encuentra el famoso dolman de la Frebouchere cuya bóveda sola debe tener mas de 75,000 kilogramos.

Si unos se pasean por pasearse, por fortificarse ó por

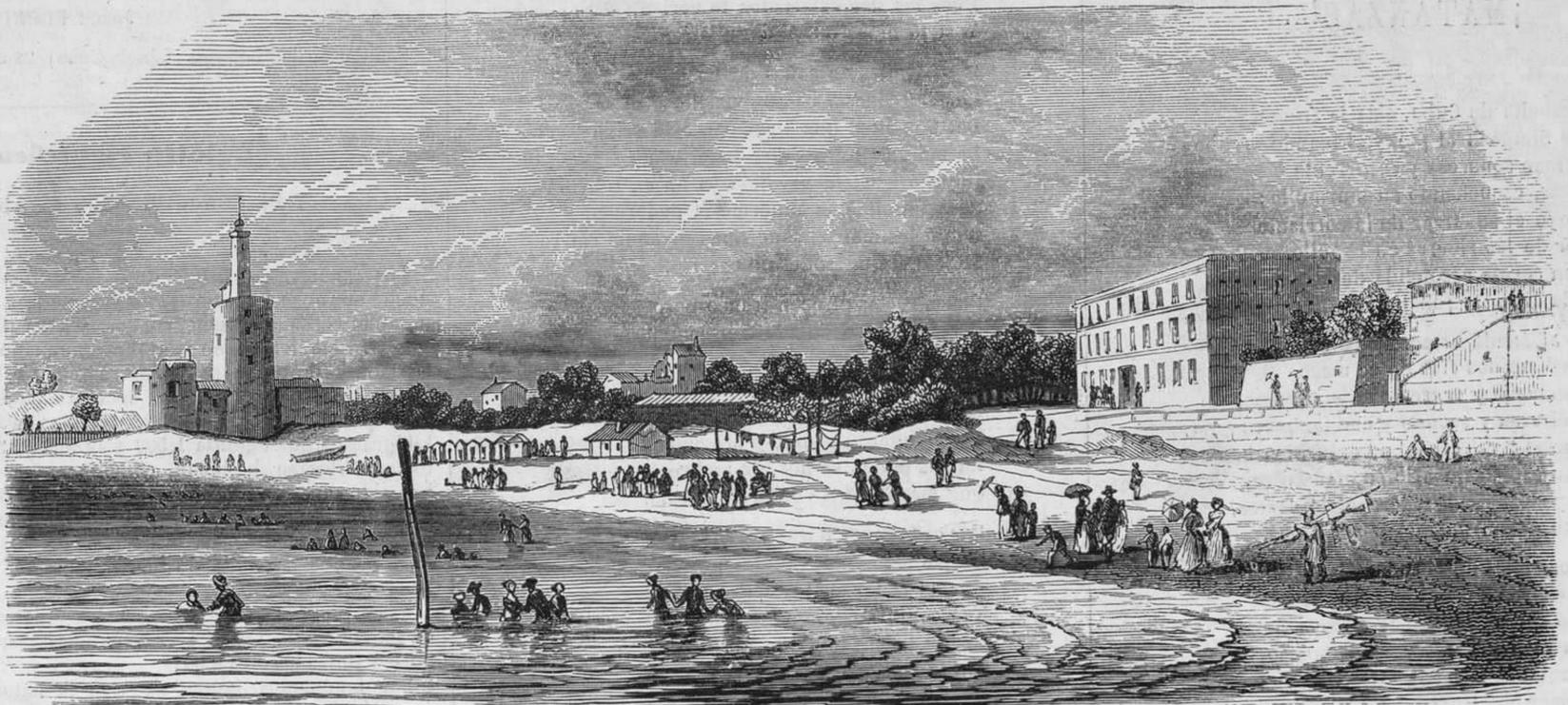
hacer un pòco de apetito, otros queriendo aprovechar todos los instantes se dedican en las Arenas y su contorno á interesantes excursiones geológicas, mineralógicas, entomológicas y botánicas; todo esto puede hacerse,



Baños de mar de las Arenas de Olona. — Ruinas del castillo de Talmont, cerca de las Arenas.



Trajes de bañista y de aldeanas de las Arenas de Olona.



Playa de los bañistas en las Arenas de Olona.

pues se encuentra allí una mina de plomo argentino cerca de Caillolay, minas de hulla cerca de la Chataignerie, de Vouvant y de Chantonmay; canteras de granito y cristal de roca en La Chaise; fuentes de agua mineral ferruginosa en Borbon, en la Gilardiere, cerca de Ro-

che-Serviere, en Reaumur, en el Pouet, en Fontenay, etc. Por último, otros bañistas se dedican á la pesca. Despues de esas excursiones pintorescas ó artísticas se vuelve con gusto á las Arenas de Olona donde se llega por el silencioso pueblo de Borbon-Vandé en otro tiem-

po la Roche-sur-Yon, y luego designado con el nombre de Napoleon, el verdadero fundador de esa colonia de servidores civiles y militares de gobierno. Diez y seis casas se construyeron para habitacion de los principales funcionarios y al mismo tiempo se levantó un cuartel

para dos mil hombres y se trazó el recinto por decreto imperial de 14 de junio de 1810, para una población de 15,000 almas que, según el último censo se reducía á unos siete mil habitantes. Por lo demás, es un bonito pueblo de calles espaciosas y derechas pero generalmente poco animadas, excepto en la época de la famosa feria de los perros, que tienen un precio algo elevado en razón á que son buenos para la caza. De este punto á las Arenas de Olona hay tres horas con un descanso en la Mothe-Achard sobre el hermoso camino imperial n.º 160 que pasa por Essarts, Herbiers, Mortagne, Chollet, etc. Se entra en las Arenas por una hermosa calzada plantada de árboles desde donde se distingue á un tiempo todo el pueblo con su iglesia y sus edificios principales, la antigua torre de Arundel ó de la Chaume con su faro y el puerto con sus buques. Este puerto en que fondearon mas de cien buques en 1488 reinando Carlos VII, fué en otras épocas importantísimo porque de él salían á la pesca de Terranova; pero poco favorecido, el comercio le abandonó á mediados del siglo XVIII, y la riqueza del puerto proviene en la actualidad de la exportación de sal y de cereales. Sin embargo, en tiempo de Luis XI, por los años de 1472, se hicieron en él grandes obras por la marina, y se le dieron algunos privilegios por mediación de Felipe de la Clite, señor de Commines, que fué señor del condado de Olona. El hermoso muelle que hoy se ve no se principió hasta el año 1767; pero nuevas mejoras se hacen en el día, y es de esperar que dentro de poco tiempo el puerto de las Arenas recobrará sin duda la importancia marítima que merece por la reputación de sus buenos marinos y por las ventajas de su posición topográfica sobre todo en tiempo de guerra, para los buques lanzados á la costa por la borrasca.

La fundación del pueblo de las Arenas se atribuye á una colonia de españoles que llegaron á sus costas á la pesca de la sardina, que es allí abundante y buena. El nombre de Olona proviene de una aldea próxima de que hemos hablado ya y que era un priorato de mucha fama desde el principio del siglo XIII. Santiago de Beaumont, señor de Bressuire, hizo construir las primeras fortificaciones de las Arenas: el pueblo fué sitiado y tomado en 1570 por los calvinistas mandados por Lanoue, y en 1522 por el duque de Rohan-Soubise, jefe del partido protestante que dejó cometer allí toda clase de desórdenes. Además fué bombardeado en 1696 por las flotas combinadas de Holanda y de Inglaterra.

Se hacen los mayores elogios del aire puro y saludable de esa parte de la costa vandeana y á esta ventaja debe atribuirse la longevidad que se observa con frecuencia entre los habitantes de las Arenas y la buena disposición de su carácter que les hace alegres, vivos, activos y laboriosos. Los hombres, robustos é inteligentes, son casi todos marinos ó pescadores. Las mujeres, son incansables, y no tienen igual, según dicen, para el trabajo en ninguna otra provincia de Francia; en su mayor parte son altas y bien hechas, tienen los ojos muy hermosos, y unen á un talle elegante facciones muy graciosas realzadas con un tocado original y siempre limpio. El traje de las pescadoras es notable por una desenvoltura particular sobre todo cuando en el invierno van cargadas con esa capa extraña que llega á la mitad del cuerpo y va cubierta con una masa enorme de lana teñida de azul ó de negro. Andan casi siempre descalzas; pero otras veces llevan zuecos y otras zapato corto.

¡MATANZAS!...

Hija esbelta de Cuba, alza la frente,
Sí, de Simpson al pie, y al blando arrullo
De la mar sonora y recurrente
Reposas, escuchando su murmullo;
Cual oye el susurrar de la corriente
La flor de las riberas en capullo,
Que en corola escondida de esperanzas,
Guarda aromas, ¡oh tímida Matanzas!

Como al ánade vemos entre espumas
De los límpidos ríos do se mece
Y se esponja y recrea con sus plumas
Que refresca y sacude y emblanqueece
Cuando al terso cristal no enturbian brumas
Y en su espejo ilusorio su afán crece,
Así, hermosa ciudad, te contemplamos,
Pues tu pecho flotante imaginamos.

No, dos ríos te cercan: hubo un día
En que siendo uno solo y anchuroso
Dividió sus columnas, la alegría
Que tu rara beldad, del río undoso,
Arrogante, al besar la masa fría,
Produjera en el cauce caudaloso;
A manera que el mar Rojo llamado
Ante el pueblo de Dios quedó cortado.

Eres rica sultana enaltecida,
Que vales en tu harem por cien sultanas,
Pues de encantos y de oro circuida
Cual la luna de estrellas te engalanas;

Y al comercio en tu seno dando vida,
Eres émula, sí, de cien Habanas.
Nada temas; las dichas tuyas fueron
Desque el cielo y Colon te bendijeron.

¿Qué puedes desear, gentil matrona,
Que á tus piés ó en tí misma no poseas?...
¿Quién habrá de una zona á la otra zona
Que disfrute, cual tú, tantas preseas?
Tan modesta opulencia se pregona
En asiáticas cörtes y europeas;
Y tú, Matanzas fiel, sin hinchamientos,
Haces pronto á tus hijos opulentos.

Nueva Nápoles diz que te llamaron
La herradura al notar de tu bahía;
Los que en vez de un Vesubio contemplaron
Ese Pan que al bajel surcante guía;
Los que á tantas tus hijas admiraron
De arabesco mirar y gran valía;
Los que suelen, en fin, con las cubanas
Comparar las ardientes italianas.

Venecia eres también por tus canales;
Sabá, por tu comercio de oro y plata;
Bukarest, por tus granjas celestiales;
Moka, por tu café de esencia grata;
Georgia, por tus hijas divinales;
Por tus ricos depósitos, Galata;
Calymna, por tus mieles; y Tarento,
Por tu lujo oriental y ostentamiento.

¡Ay!... Tus aguas asilos no precarios
Ni al pirata negaron, complacientes,
Cuando Drake y sus miseros corsarios
Acudieron en tiempos incipientes
De tu edad infantil, cual temerarios,
A exigir cuantiosos contingentes
De costeras y auríferas piraguas,
En bajeles, espanto de tus aguas.

Ellas, fieles testigos, bien pudieran
La derrota contar de Benavides;
Y de Holanda, si hablasen, refirieran
No gloriosas de mar ganadas lides.
Magüer pingües galeones aprehendieran,
Distantes de luchar como adalides;
Pues solo un general como aquel río
Que pudiera perder su flota creo.

Bajo un cielo de inmensa transparencia,
Eres dama que aquí, en el nuevo mundo,
Debes todo tu ser y tu existencia
Al monarca español Carlos segundo.
Su nombre te legó cual régia herencia,
Y su hechizo también: en esto fundo
Mi opinión al decirte que hechiceras
Son de entonces acá las MATANZAS.

Si el Maestre de Campo Severino
De la tumba sus ojos levantara;
Y á su vez el doctor Diego Evelino,
Dignó obispo de Cuba Isla preclara,
Con aquel general, tu buen padrino,
Tan variada al hallarte se admirara,
Pues los dos extasiados te verían,
Y si tú eras Matanzas dudarian.

Las paredes de cañas de Castilla
Con horcones y barró amarillo,
Del San Juan que formaban á la orilla
La morada del hombre laborioso,
Hoy no existen, pardiez; ya no en sencilla
Casa humilde se aduerme el poderoso,
Que á las márgenes mismas de aquel río
Se levanta un soberbio caserío.

Calles rectas ofrecen franco paso
De la brisa al aliento consecutivo;
Que exhalado del Este hácia el Ocaso,
Se desliza do quier plácidamente.
Llega y besa las cumbres que al Parnaso
No envidiaron jamás, y diligente
En sus labios se lleva la ambrosía
Que mana aquel vergel de poesía.

Por eso, como flores derramadas
En las lomas mil quintas hoy florecen;
Que en redor de tus calles elevadas
Tus contornos grandiosos embellecen
Donde brisas llegaron perfumadas,
Allí luego las quintas aparecen,
Cual germinan graciosas florecillas
Donde van con los vientos sus semillas.
¿Qué puedes desear?... Tienes vergeles,
Y tesoros, salinas y querubes,
Y caminos de hieirro, y ricas mieles,
Y cerúleas corrientes, y por nubes,
De albayalde y carmin, dignos de Apeles,
Vaporosos celages en que subes

Hasta el éter, mostrando la belleza
Que diera á tu zenit naturaleza.

Levanta, pues, tu sien modesta, hundida
De Simpson en el plácido regazo,
Que no debe existir tan escondida,
Cual águila imperial presa en un lazo,
Florecente ciudad que al mar convida,
Con el fruto que da su agreste brazo.
Tiende el vuelo, y con hijos á millones
Da extensión ascendente á tus regiones.

Tienes hoy treinta mil séres humanos
Que en tus brazos maternos la luz vieron,
Y de próximos climas ó lontanos,
Cual hijos adoptivos acudieron
En pos de tu bondad, pues nunca vanos
Sus dorados ensueños por tí fueron.
No mentiste jamás, no eres sirena,
Que es tu fiel religión la nazarena.

Allende, cuando el genio de los mares
En la idólatra arena ardiente pudo
Levantar á su Dios santos altares,
Do atrevido llegó el íbero escudo,
Eran, bella Matanzas, ¡ay! tus lares
Verde campo gentil, fragoso y rudo;
Eran ricos diamantes, un portento
Mas sin luces, valor ni pulimento.

Las flechas de tu indígena cortadas
Por la espada española entonces siendo,
En el polvo con ellas sepultadas
Sus deidades quedaron sin estruendo.
Fueron, sí, tus comarcas conquistadas
De la cruz al poder sumo y tremendo;
Mas hora ya ilustradas dicen solas
Que descenden de razas españolas.

Con orgullo podrán hijas llamarse
Las que estirpes intrépidas tuvieron,
Que á la orilla del piélagó al mirarse
A ensenadas incógnitas vinieron;
Do con índicas proles al mezclarse
A ciudades cristianas el sér dieron.
Por eso aunque Yucayo un día fuiste,
De tener sangre hispana alarde hiciste.

De Cuba la leal eres fragmento,
Mas, fracción esencial de su hermosura.
La alegría, la paz, dicha y contento,
Imprimen tu carácter; pues fulgura
En la faz de ese pueblo un sentimiento,
Que alborozo tener siempre asegura.
¡Feliz quien al compás de alegres danzas
Del hado no temió las asechanzas!...

Sigue, triple ciudad de los dos ríos,
Con alas de ambición siempre adelante,
Como cruzan el mar ricos navíos,
Como sigue su marcha el sol brillante,
Como suelen amantes desvaríos
Su término buscar con fé constante.
No temas, que las dichas tuyas fueron,
Desque Dios y Colon te bendijeron.

JORGE FLORIT DE ROLDAN.

San Carlos de Matanzas (Isla de Cuba) 23 de octubre de 1855.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

LOS AEROLITOS. — El 13 de mayo último, á las ocho de la noche se observó una lluvia de piedras meteóricas muy notable, cerca de Bremervorde, á poca distancia de Hamburgo. Este fenómeno venía acompañado de un ruido de tronada y de un gran silbido. El cielo estaba cubierto, de suerte que no pudo verse el meteoro, mas sí caer tres piedras que pudieron hallarse. La mas grande pesaba tres kilogramos, la segunda 1,500 y la tercera 360 gramos. Estos aerólitos se hallaban, como la mayor parte de los que han sido observados, recubiertos de una corteza negra fundida. Sus quebraduras dejaban ver una mezcla de muchos minerales de color gris, entre los cuales se distinguía una muy grande cantidad de hierro metálico y de sulfuro de hierro.

Estas piedras se parecían mucho á las que cayeron el 4 de setiembre de 1852 en Transilvania, y que figuran en el museo imperial de Viena.

Los fenómenos ígneos de que la naturaleza nos da el espectáculo son variables y numerosos: se les llama, según sus caracteres, fuego de san Telmo, fuegos fatuos, estrellas filantes, aerólitos, etc., etc.

Hablemos tan solo de estos últimos. El aerólito es un meteoro caracterizado por la caída de una piedra, á que acompaña casi siempre un ruido mas ó menos violento y fenómenos luminosos. Se emplea la propia expresión para designar la piedra misma.

Los antiguos conocieron los aerólitos. En el Quersoneso

de Tracia existía una piedra que se hizo célebre bajo el nombre de Agos Petancos, y de la que Anarógoras pasó por haber predicho la caída. Según este filósofo, cayó del sol, á quien él juzgaba como una masa de fuego mas grande que todo el Peloponeso; Aristóteles, por el contrario, pretendía que pudo ser arrebatada por un torbellino de viento y precipitada enseguida sobre la tierra.

Como quiera que sea, Diógenes de Apolonia, Aristóteles y Polidomo emitieron sobre los aerolitos opiniones que no se alejaban mucho de las que se profesan hoy, y en la edad-media Alberto el Grande, discutió la cuestión de saber como se formaban las piedras en las nubes.

La caída de los aerolitos es casi siempre precedida de un globo inflamado mas ó menos voluminoso, que se mueve con rapidez y estalla de repente en la atmósfera. Las piedras que caen son algunas veces de un volumen ordinario, y otras tambien de un volumen y de un peso considerable: en ciertos casos no se ve mas que un solo fragmento, y en otros se halla un gran número.

Bajo el reinado de Tielo Hostilio se anunció al rey y al Senado que una lluvia de piedras habia caído sobre el monte Albano.

Este prodigio pareció increíble, y se enviaron comisarios para certificar el hecho, los cuales vieron caer las piedras del cielo, dice Titó Livio, como una nevada espesa que el viento echa sobre la tierra. Con motivo de este prodigio, los romanos celebraron durante nueve dias fiestas religiosas. Una objecion se nos ocurre hacer á la narracion del historiador. Creemos perfectamente que los comisarios vieron las piedras sobre el suelo, mas seguramente no las vieron caer del cielo. El célebre aerolito de Agós Petancos del Quersoreso de Tracia era dos veces mayor que una piedra de molino, y cargaba un carro; el de Bahía media cerca de dos metros de largo.

MEDICINA. — El congreso de homeópatas, que se reunirá en Brusélas el dia 23 de setiembre próximo venidero, ha abierto un certámen en el que obtendrá un premio de 600 francos el autor de una Memoria que á juicio del mismo deservuelva en ella con mayor brillantez, el tema que se le designe.

— El periódico francés titulado « La Normandie » participa la siguiente extraña cura de la epilepsia. En la ciudad de Oporto fué acometida una señora de dicha enfermedad en ocasion de ir por una calle. Acudió mucha gente, unas por curiosidad, otras en socorro de la enferma. Entre los últimos hubo un marinero, el cual, después de haberse quitado su pañuelo de seda negra, cubrió rápidamente la cabeza de la acometida, y hé aquí que las contracciones de los nervios cesaron como por encanto. Un fabricante que presenció aquella escena aplicó este remedio con inmediato éxito á un dependiente suyo epiléptico tambien, pues siempre que se le aplicaba el pañuelo negro de seda, se curaba en un momento de los calambres. El fabricante ha publicado, pues, este singular, á la vez eficaz y probado remedio, estimulando muy de veras su aplicacion á cuantos padecen de este mal. No se sabe aun si el saludable efecto es debido á la seda, ó al color negro, ó á ambas cosas á la vez.

— La inoculacion de la fiebre amarilla no es, según los ensayos hechos á la Habana, un preventivo seguro contra esta funesta enfermedad. Hé aquí lo que á este propósito dice un periódico de medicina:

« Entre otras cosas que nos escribe con fecha 18 del actual uno de nuestros mas celosos colaboradores de la isla de Cuba, se lee lo siguiente: — Resulta, según unos impresos publicados en la Habana, que fueron inoculados en el hospital militar, desde el 18 de diciembre de 1854 al 28 de junio de 1855 en que cesaron, 2,653 individuos, de los que 2,474 eran militares del ejército y armada, y los demás particulares; en los hospitales provisionales de marina hubo de fiebre amarilla, desde agosto á diciembre del año anterior, 217 enfermos, de los cuales, á pesar de lo que estaba mandado, habia 87 inoculados, los que dieron el resultado siguiente:

	Entrados.	Curados.	Fallecidos.
Inoculados.....	80	67	20
No inoculados.....	130	104	28
Totales.....	217	171	48

No es, pues, satisfactorio, como se ve, el resultado que arroja la estadística que dejamos consignada, pues mas bien está en contra que en favor de la inoculacion; así es que las esperanzas de algunas personas candidas por mas de un concepto, han venido á desvanecerse como el humo, si bien algo aligerados los bolsillos.»

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS. — El señor Curti, mayor en el E. M. G. del ejército de la Confederacion helvética, ha demostrado con ensayos de muy felices resultados la importancia de su invencion de proyectiles de forma cónica, los cuales, con una carga de 17 en lugar de 14, cantidad ordinaria hasta ahora, tuvieron un alcance doble.

— Escriben de Lóndres, que en aquella capital se ha inventado un procedimiento para dorar la seda.

— El mecánico Seydell en Stettin (Prusia) ha inventado un nuevo vapor, que ni necesita ruedas, ni hélice, siendo muy á propósito para navegar en los bajíos de las costas marítimas, por los rios y canales, por su escaso calado, y verse garantido contra los vaivenes de las oleadas.

— Leemos en varios periódicos alemanes, que en Bélgica se ha descubierto el notable procedimiento de obligar á las gallinas á que pongan sin la interrupcion acostumbrada y consecutivamente, los huevos que habian de poner en el transcurso de cinco á seis años.

— El célebre botánico Tredgold ha descubierto el siguiente medio para destruir los insectos adheridos á las plantas en las estufas ó invernaderos: serán lavadas las plantas infestadas con agua, en la cual previamente se haya

disuelto la cantidad respectiva de aloe ó acibar. El mismo efecto produce un cocimiento de una parte de palo de cuasir (ó coloquintida) con doce de agua, medio mas equitativo que el primero.

— El maestro C. F. Hartje, de Hamburgo, acaba de inventar un aparato, con el cual no necesitan ya sus compañeros de oficio verificar el trabajo en la posicion tan incómoda que lo verificaban, sino como mejor les convenga, ya en pié, ya sentados en una silla. Consiste este aparato en una mesita en forma de pupitre, provista de unas almohadillas forradas de badana y aparentes para reemplazar las rodillas, pudiendo, mediante una manivela, ser alzadas ó deprimidas, según la estatura del individuo. Sabido es que la postura agazapada de los sastres es muy perjudicial á la salud de los mismos, de modo que el señor Hartje habrá hecho un grande servicio á los de su gremio, si los ensayos con el tal aparato coinciden con las esperanzas que se han prometido.

— Hé aquí uno de los mas útiles é importantes descubrimientos para la marina mercante, cuya atencion ha conseguido llamar. Esta invencion es la de lastrar con agua los buques. Una compañía de buques de vapor, establecida en Newcastle para el trasporte de la hulla, que ha experimentado este nuevo modo de lastrar, se ha servido hasta ahora de los diferentes sistemas para emplear el agua como lastre.

ARQUEOLOGÍA. — En los alrededores del pueblo de Jayena, á nueve leguas de Granada, se ha descubierto un antiquísimo cementerio, cuyos sepulcros no se hallan á mucha profundidad en la tierra, y muchos de ellos en muy buen estado de conservacion. Han extraído de ellos un gran número de ánforas y jarros de interesantes figuras, brazaletes y anillos de suma originalidad, y los mármoles que cubren las sepulturas son de los mas ricos del país, y se hallan completos en su forma. Todos estos raros objetos se asemejan á los que se encontraron hace unos cuantos años en la sierra de Elvira, y demuestran, que si no son de la misma época, al menos serán fenicios, de los siglos mas cercanos al tiempo de la dominacion romana.

— Cartas de Atenas hablan del descubrimiento de 300 estatuas antiguas y fragmentos de esculturas recientemente descubiertos en las excavaciones que se están practicando en Argos, en el sitio que ocupó el famoso templo de Juno. En el palacio del sud-este, en Nemrod, se ha hallado tambien una grande y magnífica coleccion de objetos de marfil, restos de un trono y de muebles, con dorados y esmaltes, cabezas de egipcios de una ejecucion perfecta, toros, leones, etc. Todos estos objetos monumentales tienen un mérito arqueológico extraordinario, para estudiar la civilizacion de los antiguos asirios.

— Se acaba de colocar en las galerías del museo británico una estatua del dios Nebo, en el vestido del cual se leen los nombres de Pul y Semirámide. Esta notable estatua se ha descubierto en Babilonia, en la parte sudeste del palacio de Nemrod, por algunos obreros que trabajaban bajo la direccion del coronel Rawlinson. El monumento tiene cinco piés y siete pulgadas de altura. El dios está de pié, colocado encima de un pedestal de tres piés. La piedra en la cual el escultor ha buscado esta imagen es calcárea, y es abundante en mariscos. La cabeza de Nebo está cubierta con un gorro en forma de artesa, puesta al revés estrechada entre dos cuernos, y una trenza de piedra. Los ojos de la deidad son grandes, bien cortados en forma de almendra; su barba y cabellera, muy largas, descienden en espirales delicadamente sobrepuestas: lleva un bigote retorcido y la nariz se halla en mal estado, como sucede con muchas estatuas antiguas, en que el elemento destructor del tiempo ha sacrificado este apéndice. En cuanto á la oreja, su pequeñez y la proteccion que la da el cuerpo del dios la han preservado de la suerte que ha cabido á la nariz. Nebo tiene las manos cruzadas en la cintura; en los puños tiene atados dos brazaletes, adornados con una diadema de grandes perlas. El vestido está pegado á los miembros, y permite leer sobre su estrecho jubon, cuya redondez no interrumpe ningun pliegue, varias líneas con caracteres cuneiformes. Sr Enrique Rawlinson ha descifrado la inscripcion, dejando establecido que la estatua es obra del escultor el Calah del Génesis, X, 12), y que la dedicó á su maestro Phalukha, rey de Asiria, y á su mujer Semirámide. No hay duda que el Phalukha mencionado es el mismo personaje que el Pul de que habla la Biblia (Reyes, XV, 19), y á quien la version de los setenta llama Phalukha. Por lo que hace á la Semirámide del monumento, cuyo nombre se lee perfectamente, es la famosa Semirámide que todo el mundo conoce.

Este descubrimiento es uno de los mas preciosos que se hayan hecho desde las primeras excavaciones ninivitas, por cuanto presenta á la historia un reino colocada entre los personajes fabulosos por antiguos escritores.

GEOGRAFÍA. — La isla mayor del archipiélago de Sandwich, Hawai, tiene hasta tres grandes volcanes, á saber: el Mauna (montaña) Koa, ó sea monte blanco, de 13,645 piés de elevacion; el Mauna Roa, con 13,230 piés de altura, y el Huararai, de solo 7,822 piés de elevacion.

Segun noticias procedentes de Hiro (estacion principal de misioneros en la costa septentrional de dicha isla), estaba el Mauna Roa, á mediados de octubre próximo pasado, en plena agitacion, despidiendo su cráter con furia la candente lava, después que durante 63 dias lo habia hecho, si bien con menos violencia. La atmósfera se halla muy cargada de nubes de humo y gases, por las cuales rompe el sol sus pálidos rayos.

El torrente de lava que se precipita por la vertiente de la montaña es tan inmenso, que cubre ya en la llanura una extension de algunas millas.

La corriente principal, contando sus serpenteos, tendrá unas 50 millas inglesas de largo, con tres de ancho por

cálculo medio. Su direccion es exactamente á la bahía, y si la terrible erupcion no cede pronto, llegará el torrente de la hirviente lava al mar.

ESTADÍSTICA. — Cuéntase en Atenas por cada mil habitantes un periódico, publicándose en un todo 23.

— Con un millon próximamente de habitantes que cuenta París, subió el consumo de vino durante el año de 1854 á 1,073,846 hectólitos, y á 61,683 hectólitos el de alcohol puro.

— En tiempo de Constantino el Grande ascendió el número de individuos judíos establecidos en Palestina á 500. En el siglo XII y después de las Cruzadas, hubo en Palestina 1,000 y en Jerusalem 200. En 1848, 20,000 y 10,000 respectivamente, menguándose de dia en dia la poblacion mixta. Moisés Monteliore, sacerdote y caudillo de los judíos en Rusia, ha obtenido del emperador el permiso para emigrar con 10,000 de sus hermanos de fé á la Palestina.

— La poblacion del reino de Cerdeña, con una superficie total de 75,233 kilómetros cuadrados, asciende á 5,020,000 de almas, viniendo á corresponder 3,062 por cada legua cuadrada.

Las fronteras terrestres contra el Austria cuentan una extension de 222; contra la Suiza y Francia 949 kilómetros, y á 333 asciende la de los confines marítimos.

— La fatal influencia que ejerce el clima de Argel sobre los emigrados europeos, despréndese de la estadística de defunciones poco ha publicada. Mientras que en Francia ocurren de 23 á 24 por cada mil almas, hubo en la provincia de Constantino (año de 1853) mas de 62 mortalidades, y en 1852 unos 66 por cada millar de europeos emigrados y entre estos mayor número de los naturales de los departamentos centrales y del Norte de Francia.

La celebracion de san Juan en la Provenza.

Tolon 24 de junio de 1856.

En ninguna parte del mundo cristiano se celebra con mas dignidad que entre nosotros la fiesta del precursor de Cristo. En cada una de nuestras aldeas tenemos una iglesia consagrada á san Juan; esta iglesia da nombre á la plaza en que se eleva, y en medio de esta plaza se enciende la hoguera de san Juan en la noche del 23 de junio. Ya por la tarde una cuadrilla turbulenta de muchachos se reúne armada de teas de resina, delante de las casas consistoriales, para escoltar al ayuntamiento que, con los tamboriles y la banda militar á su cabeza, se dirige en procesion á la plaza de San Juan. Una compañía de bomberos y otra de infanteria se establecen en la plaza al anochecer; la primera debe contener el fuego y la otra debe contener la muchedumbre.

Ahora bien, esta hoguera no es otra cosa que una inmensa gavilla de sarmientos secos adornada con una porcion de banderolas, y la muchedumbre está compuesta de todos los habitantes de la ciudad. En el momento en que el cortejo llega á la plaza se abren las puertas de la iglesia y los sacerdotes acuden á prestar á la fiesta municipal la augusta solemnidad de la religion.

Después de la bendicion de la leña el alcalde toma con mucha ceremonia una antorcha que le presenta un niño vestido de san Juan, con su correspondiente corderillo, y la arroja en medio de los sarmientos que no tardan mucho en inflamarse.

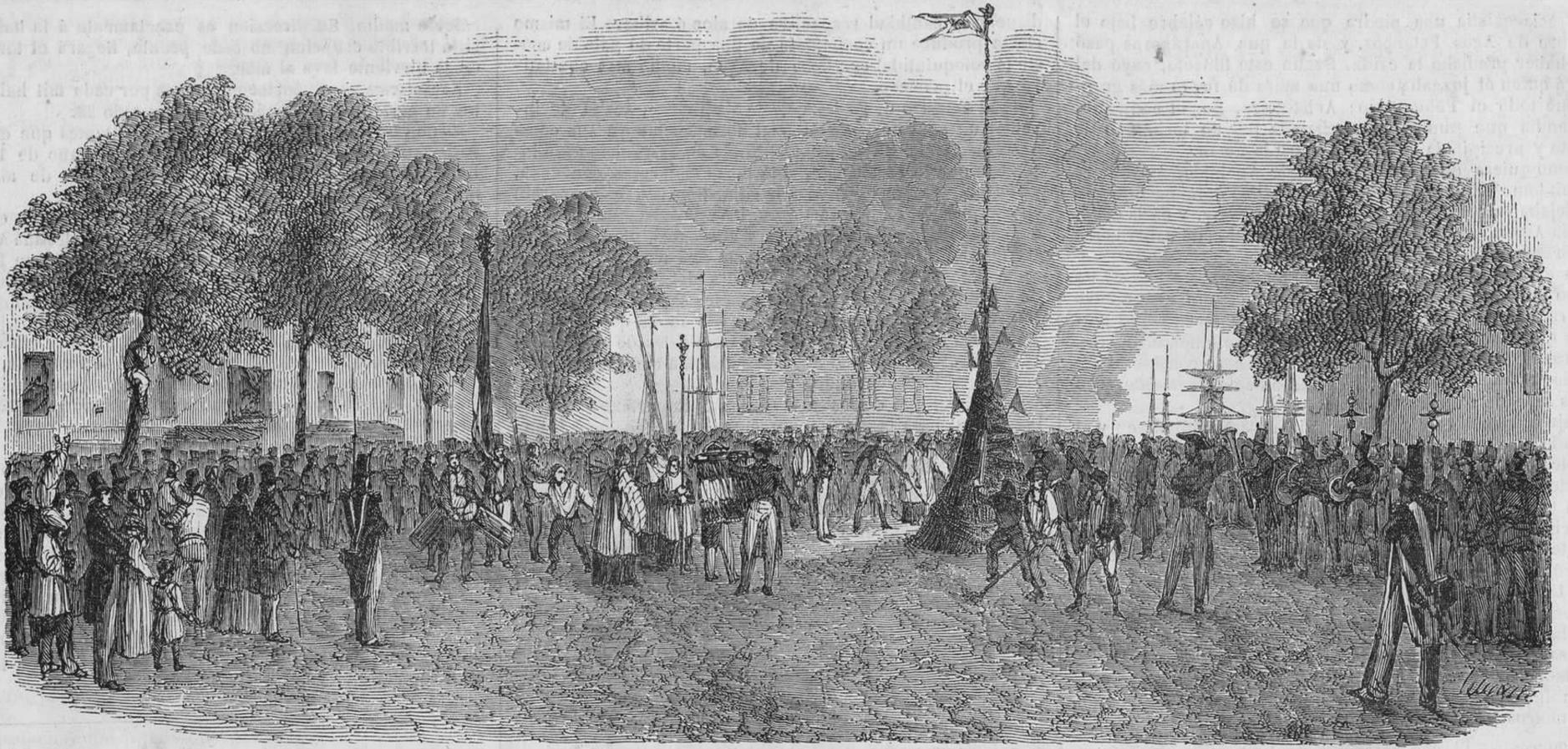
Desde ese momento las autoridades nada tienen que hacer junto á la lumbre á menos que no quieran tostarse. Pero antes de que esto suceda, se vuelven al ruido de los tamboriles y ceden el puesto á los bomberos que moderan los rápidos progresos de la llama. Después de su marcha cada cual se precipita á los sarmientos para libertar del incendio las banderolas tricolores consideradas como reliquias una vez que la hoguera está bendita, y los maliciosos bomberos, bajo el pretexto de regar la leña inundada con la muchedumbre de torrentes de agua. Empero esa multitud compuesta casi toda ella de marinos, recibe con entusiasmo ese diluvio improvisado que la recuerda el elemento en que vive.

Cuando la hoguera ha proyectado sus últimos resplandores sobre la rada donde corren con rapidez á bordo de todos los buques, en todas las calles, por todas las ventanas saltan cascadas infinitas sobre la cabeza de los paseantes. Después de la fiesta del fuego viene la del agua; el mismo alcalde no está seguro de llegar sin agua al palacio municipal. Las jóvenes armadas de botellas y de botijos africanos se persiguen para regarse como hermosas flores, y ¡ay! del misántropo que aquella noche se incomodara por algunas gotas de agua recibidas en el sombrero, pues entonces lloverian sobre él cubos enteros hasta su casa. Y Dios sabe si estos pueden llenarse á menudo en una ciudad como Tolon entre las abundantes fuentes de Dardennes y el Mediterráneo que baña el pié de sus edificios, entre un baño de agua dulce y un baño de agua salada.

En otro tiempo era el clero el que tenia la honra de dar fuego á la leña; pero desde 1793, este honor pasó á las autoridades locales.

Nada seguro puedo decir á Vds. sobre el origen de esta costumbre singular: un anciano me habia asegurado que habia sido instituida por los orientales en cuyos pueblos la peste cesaba sus destrozos anuales hácia el 24 de junio, y en apoyo de esta opinion me citó un proverbio turco que dice de este modo: « Cuando llega S. Juan se va la peste. » — Prefiero la tradicion que hace de esta costumbre un símbolo de la luz divina, encarnada en Jesus de quien fué precursor el joven evangelista.

C. P.



Celebracion de la fiesta de San-Juan en la Provenza.

Rifa de la Exposicion.

Muchos expositores franceses y extranjeros al cerrarse el concurso universal de 1855, quisieron dejar al príncipe Napoleon, presidente de la comision imperial, en testimonio de simpatia al ejército francés, varios de los productos de su industria con el fin de que se em-

pleara su valor en socorro de los heridos, las viudas y los huérfanos del ejército de Oriente. Las ofrendas de esta especie se elevaron á un valor de 400,000 fr. El príncipe Napoleon pensó que el mejor medio de realizar este dinero seria el de rifar los objetos regalados, y en efecto se dispuso así, debiéndose advertir que para alejar toda idea de especulacion en este noble asunto,

se fijó el capital en el valor exacto de las cosas rifadas y solo se han emitido 400,000 billetes á 1 fr. cada uno. Los objetos se hallan repartidos en 12,000 premios, que se encuentran expuestos en el dia en la galeria Este del palacio de la Industria donde se hallaban los grandes escaparates de estilo oriental establecidos por la Turquía, el Egipto y Tunez.



Rifa de la Exposicion en favor de los heridos, las viudas y los huérfanos del ejército de Oriente.

